

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XII

15 DE JUNIO DE 1903

Nº 276

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

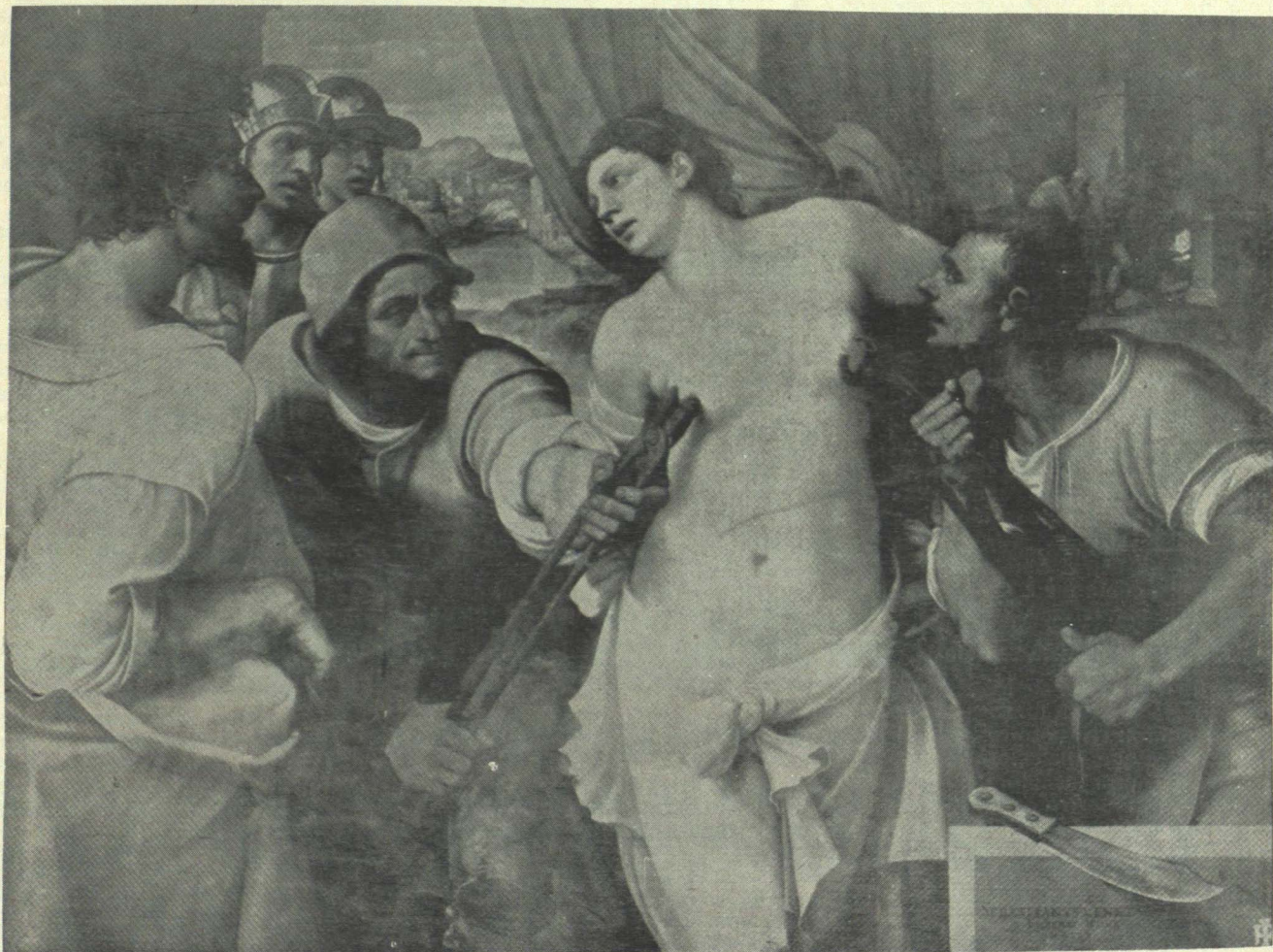
EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



FLORENCIA: Martirio de Santa Agata. — Por Sebastiano del Piombo (Galería Pitti)

PARA MAÑANA

—
Obstinación estéril! Al adverso
golpe me iergo más. Soy como el sándalo:
perfumo si me hieren... ¿No es el verso
aroma del laud?... Zumbe el escándalo
en torno mío: voluntad entera
y amor sin fin opongo á tanta furia.
Canto, mientras el odio desespera!
Canto! Como el arbusto en primavera
doy mis flores al viento que me injuria.

—
La calumnia me acecha, no lo ignoro,
pero la venceré; como Atenea
colocaré sobre mi escudo de oro
la cabeza del monstruo hirsuta y fea.

Me atisba la calumnia, mas confío
en la victoria y al peligro acudo:
mi corazón no tiembla, ídolo mío,
porque es mi corazón firme, bravío,
é intáctil como el oro de mi escudo.

—
Y cuando queden en la lucha prava
mi afán y mis anhelos vencedores,
sobre tu seno mi cabeza esclava
colocaré: corónala de flores!...
Mañana, vencedor, serás mi dueño
y mandarás en mí; y Hércules niño
realizaré mi venturoso empeño
enhebrando los hilos de mi ensueño
en la rueca, mujer, de tu cariño.

VÍCTOR M. RACAMONDE.
1903.

MARMOL ROTO

—
En níveo mármol cincelar quería
un cuerpo de querub; seguro estaba
de que si su escultura terminaba,
de la gloria el laurel conquistaría!

—
Entró al taller que en sombras se envolvía...
el artista con fiebre trabajaba,
y junto al cuerpo, á quien hablar faltaba,
le sorprendió la claridad del día.

—
Creyó ver al querub alzar el vuelo,
y al abrazar su cuello, cual un loto
la escultural cabeza rodó al suelo.

—
Y él, abstraído en su ideal remoto,
con los ojos clavados en el cielo,
cayó sin vida junto al mármol roto!

JUAN DUZAN.
1903.

PRINCIPIOS DE MORAL

POR RAFAEL MONTORO

LIBERTAD DE LA VOLUNTAD

El hombre es libre: la razón lo declara, el sentimiento lo afirma, la voluntad lo comprueba á cada hora, á cada momento; y la conciencia nos lo manifiesta, en forma inequívoca, ora con la amarga reconvencción del remordimiento, ora con la muda aprobación que fortifica al héroe y al mártir hasta hacerles arrostrar, sin aflicción y sin miedo, el sacrificio de lo que el hombre más aprecia en la vida, inclusa la vida misma.

LIMITACIONES RACIONALES DE ESTE CONCEPTO

El hombre es libre: pero no independiente de toda influencia, de todo estímulo, de todo motivo. Esa libertad de la indiferencia absoluta, nadie puede defenderla ni concebirla. El hombre no sería un sér que piensa, que reflexiona, siente, ama, aborrece, desea, aspira, lucha, si esa indiferencia fuese posible; y no sería un ser sociable, cuyas facultades é instintos le mueven irresistiblemente á vivir en sociedad y á desarrollarla y extenderla progresivamente bajo formas de complejidad y amplitud cada vez mayores, si pudiera eximirse de toda coordinación, dependencia y relación necesarias con sus semejantes; único modo de que en sus actos no tuviese que soporitar directa ó indirectamente su influjo.

Somos, por consiguiente, libres en la verdad, como enseñó el Apóstol de las gentes; es decir, conforme á las leyes de la razón y de la naturaleza.

ORIGEN DE LA RESPONSABILIDAD

Sea cual fuere el poder de los motivos, el determinismo de las fuerzas, de los móviles que obran en nosotros, la conciencia nos dice que podemos decidirnos de una ú otra manera, dentro de los límites de lo posible, salvo casos fortuitos ó excepcionales en que la voluntad necesariamente cede á fuerza mayor ó se rinde á estados patológicos en que el individuo deja de ser dueño de sí mismo. Con más ó menos eficacia, según la superioridad mental y moral del individuo y su condición física ó social, el hombre obra ó puede obrar sobre los motivos determinantes de su conducta. Por eso es responsable ante sí mismo, ante los demás, ante la conciencia general y ante la ley. Si fuese una máquina, si fuese un autómatas, juguete de las circunstancias, del temperamento, de las pasiones, sería irresponsable. Ni la idea del deber ni la de una sanción superior que premie ó castigue, podrían haber surgido jamás en su espíritu y servir de fundamento á la Moral y al Derecho, si no se sintiese capaz de determinarse reflexivamente, y responsable, por tanto, de sus determinaciones.

CONCEPTO DEL DEBER

El bien, como ley de vida; el mal, como negación del bien, aparecen con claridad en la conciencia de todos los hombres civilizados. Desde que éstos se reconocen como tales y empieza la obra de la civilización, se les ve proclamar deberes y consignar derechos. Sin duda, mientras mayor es el progreso general de la civilización, mayor es la amplitud

y profundidad que esas nociones alcanzan, y mayor y más alta es también su trascendencia para la vida. Pero el deber, como término correlativo del derecho, es un principio universal y necesario, base primera de toda moral y de toda legislación.

El deber no es un concepto abstracto, irrealizable, un tipo de perfección inasequible, al que sólo puede acercarse el hombre á fuerza de ascetismo y de sufrimiento. Es, por el contrario, la dirección normal de la vida hacia el cumplimiento del destino racional de nuestra especie. Según su edad, su estado, su posición, su modo de vivir, arte, oficio ó profesión, tiene el hombre funciones definidas en un organismo definido: obligaciones que su conciencia determina y sanciona. Está en relación con otros seres, y debe proceder respecto de ellos, como quiere y tiene derecho á esperar que procedan, á su vez, respecto de él.

EGOISMO Y ALTRUISMO

Dos sentimientos, dos grandes fuerzas interiores mueven al hombre y se disputan el imperio de sus acciones: el egoísmo y el altruismo, ó como en términos más sencillos y quizás más expresivos hemos aprendido á llamarlos desde la niñez: el egoísmo y la caridad. Son múltiples sus formas y aspectos, según se desenvuelve el amplio contenido de la vida; pero sus caracteres esenciales no varían.

Los sentimientos de amor propio y de amor á los demás deben armonizarse y conciliarse en la vida moral para que concurren, en su lugar y grado, al cumplimiento del destino racional del hombre y á la progresiva realización del ideal de perfeccionamiento, cultura y justicia que debe servir de norma al desenvolvimiento individual y social.

LAS PASIONES Ó INCLINACIONES DESORDENADAS

Tiene el hombre pasiones, que no son sino inclinaciones violentas y desordenadas que le impulsan y arrastran, á veces, sobreponiéndose á la sana razón.

La soberbia, la ira, el odio, la envidia, la avaricia, la venganza, la gula, son pasiones perversas y antisociales que degradan á los individuos y hacen de ellos verdaderos enemigos de la sociedad.

En el odio y la codicia se resumen casi todas las malas pasiones. El odio palpita en el vengativo que, para devolver un mal ó castigar una ofensa anhela causarlos iguales ó mayores al que le agravió; y en el envidioso, que mira con aversión la superioridad ó el bienestar ajenos, como si fueran atentatorios á la primacía ó exclusiva prepotencia á que en su soberbia se cree con derecho; en el vanidoso, que pretende sobreponerse á los demás y se irrita contra todo el que no le admira y reverencia; en el intolerante, que, en su ofuscación, rechaza indignado la posibilidad de equivocarse, y de que otros puedan pensar libremente de distinto modo y mejor que él.

LAS VIRTUDES Ó CUALIDADES MORALES

Las cualidades morales del sujeto revelan el grado de su perfeccionamiento individual, en la voluntad más ó menos constante que muestra por hacerlas efectivas.

La generosidad, la paciencia, la dignidad, la obediencia y, por encima de todo, la prudencia, la justicia, la firmeza, y la templanza, forman la excelencia moral del hombre.

La religión de nuestros mayores nos ha enseñado desde niños, en las páginas del Catecismo, las más puras y sencillas definiciones de estas virtudes, diciéndonos que el oficio de la prudencia es proveer medios entre los extremos; el de la justicia, dar á cada uno lo que es suyo; el de la firmeza, moderar los miedos y osadías; el de la templanza, enfrenar la gula y los apetitos sensuales; y que la caridad es la mayor de todas las virtudes y las endereza al fin más alto, al amor de Dios.

LAS VIRTUDES ENFRENAN LOS VICIOS

Las virtudes ó cualidades buenas dan dirección sana y religiosa á la vida, y sirven de norma á nuestra conducta. Ellas son las que enfrenan los vicios, enmiendan los yerros, purifican y encauzan las pasiones.

La modestia es un correctivo de la soberbia; nos enseña á moderar la excesiva estimación de nosotros mismos, y á no hacer alarde de las buenas dotes de que estemos adornados. La generosidad ó largueza es correctivo eficaz de la avaricia; porque así como ésta nos impulsa á atesorar y retener avidamente las riquezas, aquélla nos induce á emplearlas en provecho de nuestros semejantes, y en nuestro propio perfeccionamiento y cultura. La castidad nos defiende de la impureza y del desorden de las costumbres. La sobriedad y la continencia nos preservan de la gula y del afán de los goces materiales.

La paciencia es antídoto poderoso de la cólera, hasta el punto de hacerse poco propenso á sentirla y acertar siempre á contenerla el que habitualmente es sufrido y conforme. La envidia no resiste al sentimiento del respeto á los demás y de amor sincero al bien y á la belleza que iluminan la ruta del que es realmente sociable y caritativo.

El patriotismo y el valor nos libran del egoísmo y de la cobardía; la fortaleza, de la debilidad, que es tan funesta ó perjudicial como los vicios más censurables. La voluntad enérgica y reflexiva del hombre de bien, es, en su más noble acepción, el carácter; y el carácter es lo que más dignifica y engrandece al individuo.

La honrada laboriosidad ó apego del hombre al trabajo, el hábito de no tener ociosas su actividad y su inteligencia, libranle de la pereza y de la indolencia, que ofrecen terreno bien preparado á todos los vicios.

La sinceridad y buena fe son las virtudes opuestas al feo y pernicioso vicio de la hipocresía y falsedad, que hacen del sujeto un histrión despreciable, que no aparece tal cual es ante sus semejantes, sino revestido de engañosas apariencias, con las que puede extraviar ó perjudicar á los que le escuchan.

La tolerancia enséñanos á respetar todas las opiniones y creencias, y aun todos aquellos procederes de los demás que no perjudiquen al orden social ó al derecho ajeno; y asegura la coexistencia honrada y fructuosa, en el seno de una misma sociedad, de hombres de distintas ideas y aspiraciones, ligados por re-



LAS PIEDRAS: Río Caramacate — San Sebastián. — Fotografía de Avril

ciproco *respeto*. Esta virtud es indispensable en los pueblos que aspiran á ser libres; pues donde ella falta, sólo son posibles la tiranía y la opresión, ó la anarquía y la guerra civil. En el trato individual, la tolerancia se revela por la *urbanidad* y la *cortesía*, que son frutos delicados y exquisitos de toda civilización verdaderamente adelantada, y con las que procuramos hacernos gratos los unos á los otros.

EL LAGO DEL DOLOR

Formado por sus lágrimas,
con márgenes de espinas,
un lago guarda el hombre:
el lago del dolor;
si angustias y recuerdos conmueven sus entrañas,
si el negro sufrimiento,
cual nube tormentosa de un cielo oscuro y frío,
con gotas ardorosas sus olas agiganta,
se sale de sus márgenes en honda convulsión.

El llanto hirviente entonces levántase, rugiendo
con lúgubres canciones y sollozos,
mezclado con la sangre que arrojó
en luchas gigantescas,
en luchas desiguales el noble corazón.

Y el cuerpo ya no puede
guardar entre sus bordes
las olas de aquel llanto
que el fúnebre martirio acumuló.
Y si los tristes ojos
se niegan á verterlo,
rugiendo se derrama en el espíritu
cual lava calcinada,
cual chispas de un incendio,
como veneno verde de traición.

¡Qué llanto más horrible
el llanto convulsivo del lago del dolor!
qué llanto más amargo
el que se bebe el alma,
el que aniquila el cuerpo y mata el corazón!
¡el llanto que no espera
consuelo que lo enjuge,
que cae entre las sombras en el sangriento cáliz
de una marchita flor!

¡Qué lágrimas, qué lagrimas
aquellas que el espíritu,
del fúnebre martirio en los palacios
sarcástico apuró,
como alacrán soberbio,
que al verse aprisionado,
se ríe de la muerte, desprecia á sus verdugos
y en sus entrañas hunde su aguijón!

JUAN R. JIMÉNEZ.

EL CUMPLIDO



L veintiuno de enero la población de Arras estaba de fiesta. Sonaban las campanas; desde Saint-Waast hasta San Nicolás, dialogaban desde el alba, y las notas de bronce, cayendo sobre la ciudad, hacían temblar la nieve al borde de los techos. Las estrechas calles oscuras, empavezadas de banderas y banderolas, decoradas con tapices, enguinaldadas de flores, esforzándose, bajo el cielo gris, en resplandecer de alegría. Toda la ciudad estaba en pie, endominada; los burgueses habían calzado sus zapatos con hebillas de plata y las burguesas, con trajes de seda Pompadour, para asemejarse á las marquesas; las niñas, para estar mejor rizadas, guardaban sus papelillos en la cabeza, hasta el minuto supremo, y los niños, listos todos é impacientes, deslizaban sus caritas por

las puertas entreabiertas y se interpelaban de un umbral al otro:

—Ya llegó?

—Todavía no, pero ya viene.

—Entonces, es seguro?

—Seguro! Vaya si es seguro. Los correos que preceden están ya aquí. Tienen grandes botas.

—Mamá, los correos ya están aquí.

¡Gran acontecimiento! Monseñor el Delfin de Francia es esperado desde hace tres días. Pasa y se detendrá. Debe oír la misa en San Waast: el cura lo ha dicho; el confesor del Delfin lo ha prometido al abate. Y la hermosa Delfina vendrá también con el Delfin. Es tan bella, según se dice! Esto constituye un gran honor para la ciudad, porque muy pronto, sin duda, la joven pareja estará en el trono de Francia, puesto que Luis XV se halla tan enfermo.

—¿Cómo se llamará cuando sea rey?

—Luis XVI, pardiez!

—¿Y su esposa?

—María Antonieta; tiene dieciocho años.

—Y él que no tiene más que veinte! Es bonito ser rey tan joven.

—Ah! el muchacho hará carrera.

Todo el mundo es feliz, se precipita, se agrupa en las calles. Los rostros flamencos se ensanchan con risas bonachonas. Ya el pueblo menudo se aprieta frente a las viejas casas consistoriales. Todos conversan. Los hombres bien informados, que fingen tener lazos con la nobleza y mantener relaciones en Versalles, refieren cosas del príncipe y la princesa, sus caracteres, casi su vida.

«¿La ha visto usted?...—Tiene una tez!—Y una piel! Se diría que la luz pasa a través de ella...—Y tan alegre! Ríe siempre.—Sobre todo con Monseñor de Artois.—Los dos se pasean en burro por el parque.—¿En burro? Usted quiere tomarnos el pelo; las reinas van a caballo, no en burro; usted comprende que pueden elegir monturas...—¿Es cierto que ella le engaña?—Chitón! Si la oyeran a usted.—A mí me han asegurado que ella sale por la noche...—Cuentos! ¿Había él de permitir eso?—Ella le dice que es la moda en Austria.—Entonces... ¿qué! ¿no es él el amo?...—Según se dice, la adora.—Pues bien, yo, si fuese siquiera hijo de rey o asegurado que haría respetar mi hogar...—Es un buen hombre...—Un buen rey, lo será sin duda y nada orgulloso.—Trabaja en cerrajería en su pieza.—Eso te cuentan, pero anda a ver! Hace eso para adelgazar.—Trabaja con un verdadero obreiro, que es del pueblo y que le enseña su oficio...—Pues lo que es a mí me gusta eso; es preciso que los reyes sepan hacer alguna cosa...»

A lo lejos sonaron tambores y los pifanos resonaron alegremente bajo el cielo que se había aclarado y que, sin una nube, mostraba su azul pálido, casi malva. De muy lejos, una voz sorda que crecía llegó por la calle Vinocq y muy pronto se convirtió en un grito:

—La carroza!

En la plaza todas las voces repitieron:

—La carroza!

Inmediatamente, como salen de una caja los juguetes nuevos, los altos personajes, en traje de gala, salieron de las casas consistoriales, por el agujero negro

de la puerta principal y se alinearon entre las columnas del pórtico; el obispo encontrábase en medio, teniendo a su derecha al cura de San Waast, y detrás de ellos, a su alrededor, donde quiera, las sedas de colores vivos palpitaban, buscaban su sitio y se detenían; encima, los siete arcos formaban coronas de sombra; en el fondo del cuadro un grupo de niñas, vestidas de blanco, semeja un gran bouquet de margaritas oculto en una cueva.

De pronto la música de la ciudad, agrupada en un rincón, toca un aire de danza. Casi inmediatamente, unos dragones desembocan en la plaza al galope. Detrás, entre las cabezas de los caballos, se distingue una placa que brilla, reflejando el cielo; es el techo de la carroza. Las gentes se paran sobre las puntas de los pies. La doble fila de dragones desplégase en abanico y el coche real avanza hasta los tapices; los gentileshombres a caballo se inclinan hacia las dos portezuelas.

La Delfina es la primera que descien-de. Hela ahí, al pie de las gradas, sonriendo ya. Inmediatamente aparece el Delfin, con un casacón avellana. Un gran grito estalla alrededor y surge de la plaza, de las ventanas.

Los pavimentos y los muros retiemblan con un alegre viva, un conmovido grito de amor, de reconocimiento, de alegría filial que va hacia aquella pareja llena de esperanzas, las reinicia y el reyecito de mañana.

A la sazón se les ve bien. El es grave, un poco pálido, un poco cansado, con ojos a flor de epidermis; ella, al contrario, levanta la cabeza, para provocar la vida que aspira con su blanca nariz y que mira frente a frente bajo el arco altivo de sus cejas; su boca tiene el aspecto de un beso; las plumas y las agujas tiemblan sobre su cabello que se estremece todo con vibraciones rojas; todo en ella vive, hasta sus ropas; el pueblo ya no ve más que a ella y el hurra que constituye el saludo popular, se extingue dulcisimamente en un murmullo de ternura...

La mujer ha sentido el amor; se vuelve sonriente, hacia una tercer figura que se desliza fuera de la carroza; criaturita menuda, temblorosa, deslumbrada, cuyos ojos se llenan de lágrimas al ver el triunfo de la amiga adorada: es madame de Lamballe, la más turbada de los tres, quien dice a la Delfina:

—Inmediatamente que se os ve se os ama.

Al decir estas palabras, un dulce recuerdo tiembla en el fondo de su memoria y la princesa continúa sonriendo:

—¿Estarías celosa por ventura?

—Oh! no! Yo soy feliz cuando se os ama.

Entre tanto la carroza, al mandato de un gentilhomme se mueve dejando libre el sitio, y Monseñor de Arras avanza hacia los príncipes; la reinicia ha hecho una graciosa reverencia y ahora se ve al Prelado, cuyos labios se mueven, y que habla sin duda, inclinarse, erguirse, después hacer de nuevo ceremonias, inclinar la cabeza hacia uno de los hombros, hacia el otro, en una serie de pequeños saludos amables y rápidos. A cada movimiento de su jefe sus dos manos abiertas sobre su pecho se alejan

y se aproximan como si arrojasen follajes y flores invisibles.

En seguida el blanco cortejo de las niñas encaminase militarmente, con pasos rígidos; las dos más pequeñas, guiadas por el obispo, dan aún tres pasos, y de golpe se detienen, presentando a la Delfina un enorme ramo y una bombonera de porcelana de Arras donde hay unas palmas pintadas sobre azul. María Antonieta se inclina y besa en la frente a las niñas. Los vivos estallan como un trueno. Luis vuelve la cabeza y se descubre gravemente; pero la reina futura, con un coqueto gesto, envía con la punta de los dedos un saludo amistoso y alegre, y dice a la Lamballe:

—El amor del pueblo calienta.

Después:

—Toma este ramo, que pesa mucho.

De pronto ríe, añadiendo en voz baja:

—Mira cómo sufre el pobre Delfin con su cuello tan apretado.

Luis, en efecto, parece muy molesto y a veces levanta su mentón estirando la cabeza hacia el hombro para despejarse el cuello. Pero pronto ya no se le ve más; ha penetrado bajo la bóveda y la escolta se cierra detrás de él.

La gran sala del viejo castillo es obscura; dos sillones sobre una estrada esperan a los ilustres huéspedes. Apenas sentado, el príncipe, con un signo de la mano, ha permitido al obispo que le presente a los notables. Proferidos con una unción sacerdotal, los nombres flamencos caen en el silencio y cada uno de ellos va acompañado de un saludo profundo, hecho en la sombra por el personaje a quien se nombra.

Después, a otro signo, un jovencito avanza, zurda y torpemente; entre sus manos tiembla un papel.

—Oh! dice la princesa, versos!

Pero los versos son latinos; con una voz débil, traviesa y semi-agria, el adolescente dice su poema, y el cura de San Waast sigue el ritmo con su nariz asesorada por sus párpados, señalando las inspidas bellezas; se regocija del aprovechamiento del discípulo y mira al Delfin, el cual continúa estrangulándose con su cuello.

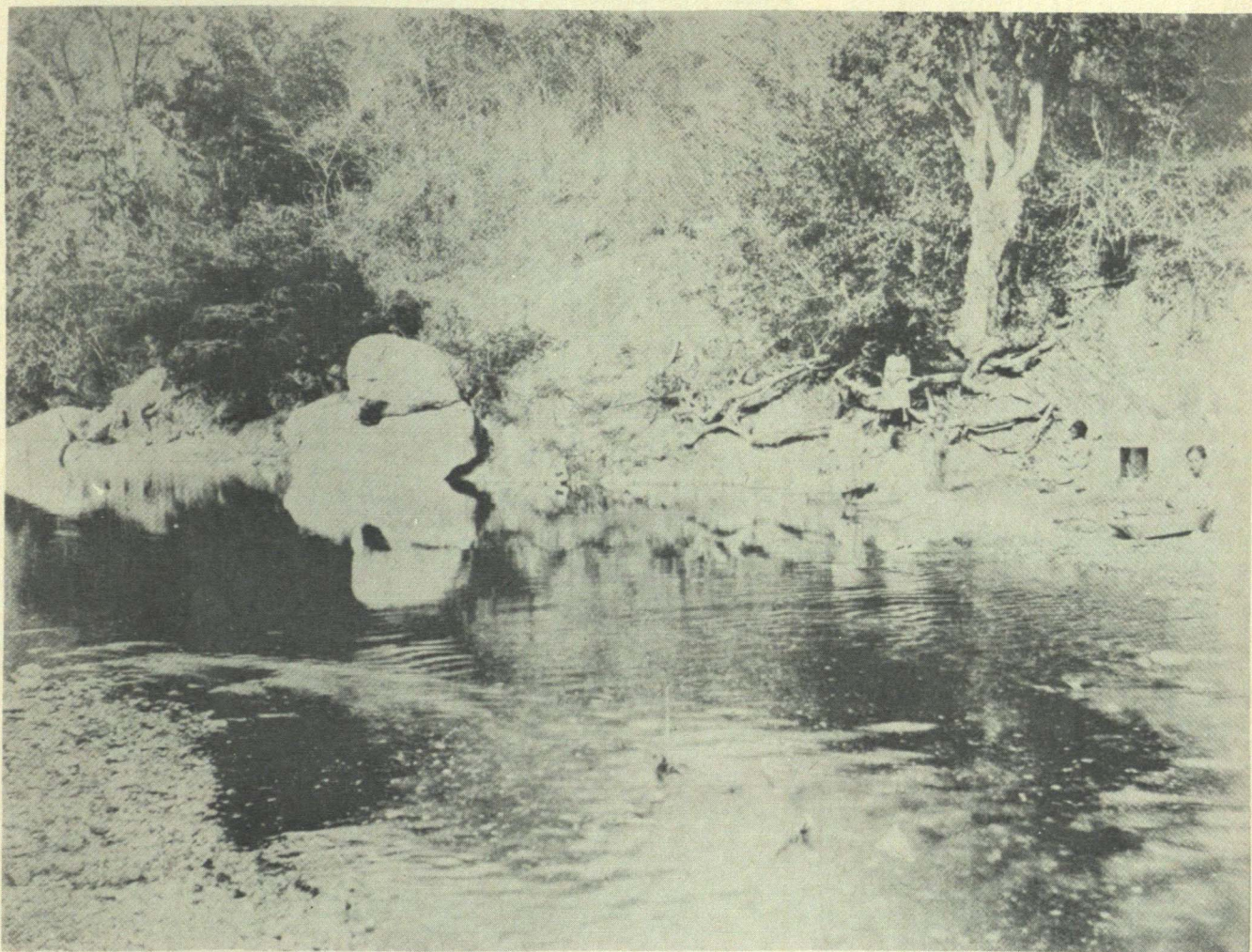
Los versos corren diciendo la majestad del trono y la ventura de los pueblos bajo el cetro de un rey sabio y las promesas de luminoso porvenir. Poco a poco el orador se tranquiliza; a veces un epíteto salta con vehemencia.

María Antonieta, para desaburrirse porque no entiende, examina al jovencito flaco y seco con gesticulaciones de madera.

—Va a quebrarse, dice a la Lamballe.

El colegial ha comprendido que se burlan de él y se turba, pero se yergue, dejando ver su cara biliosa, de frente fugitiva, de nariz puntiaguda, de ojos glaucos, y su mirada, durante un segundo, se encuentra con la de los príncipes. María Antonieta sorprendida en su broma, ha cesado de reír y Luis, descontento, frunce las cejas; y acaso para adquirir de nuevo compostura, se lleva un dedo a su cuello que le estrangula.

La homilía continúa, lenta. El Delfin se esfuerza en comprender algunas pa-



SAN SEBASTIAN: Río Caramacate — Pico del Chupón. — Fotografía de Avril

labras para adivinar el resto. Por fin el poema concluye.

—Os agradecemos, señor cura, estas hermosas palabras que nos habéis hecho oír á la Delfina y á mí. Este joven es sin duda uno de vuestros discípulos, dice:

—Y de los más enérgicos, Monseñor. Huérfano recogido por mí, me recompensa con sus virtudes y su empeño, porque lo educo para ofrecer más tarde á vuestra alteza un devoto servidor del trono.

—Es preciso, señor Cura, que le enviéis á París, donde sus talentos se desarrollarán.

—Nosotros le proveeremos de una bolsa.

—Y haremos bien.

El príncipe, para recibir el poema que se le tiende, vuélvese hacia el jovencito y las azules miradas de uno y otro se encuentran por segunda vez.

—¿Cómo os llamáis, señor?

—Maximiliano de Robespierre.

—Está bién! acaso nos volveremos á ver.

El adolescente se inclina. Y de nuevo, Luis pasa su dedo alrededor de su cuello.

EDMOND HARACOURT.

PLEGARIA A LA NOCHE

—
Sieh, ich flüchte mich in deine
Arme, siehe Nacht, ich weine,
Und ich kenne mich nicht mehr.

BIERBAUM. An die Nacht.

I

Inclina ¡oh Noche! tu faz de sombra bañada en llanto de claridades, y da á mi mente todas las calmas que das al mundo cuando al besarlo tiendes, cual manto, tu cabellera, llena de sueño, sobre las almas.

II

Tú que cerniste tu gran silencio sobre el suplicio del Cristo exangüe, que contemplaba vagar con pena, sueltos los bucles y en torno al ara del sacrificio, como incensario de carne blanca, la Magdalena;

Tú que descendes vaga y enorme, como una mano que el Orbe errante pusiera sobre sus sienas frías, para en la sombra buscar al fondo del cielo arcano su senda eterna que casi esfuman las lejanías,

Dáme en tu copa las aguas negras del Aqueronte, aguas de muerte, que recorría de extremo á extremo, aquel esquife cargado de almas, que el horizonte iba rompiendo con las cadencias de su amplio remo.

Porque mi mente, más que la tierra, más que los mares te necesita, vaso de olvido, cáliz de brumas: la tierra sueña bajo las rosas crepusculares, los mares cantan bajo los lirios de las espumas;

Y hasta las cumbres parece que oran á la esperanza cuando tú vienes y que la luna, rasgando tules, surge desnuda como una virgen en lontananza y da á la espalda sus vaporosas trenzas azules....

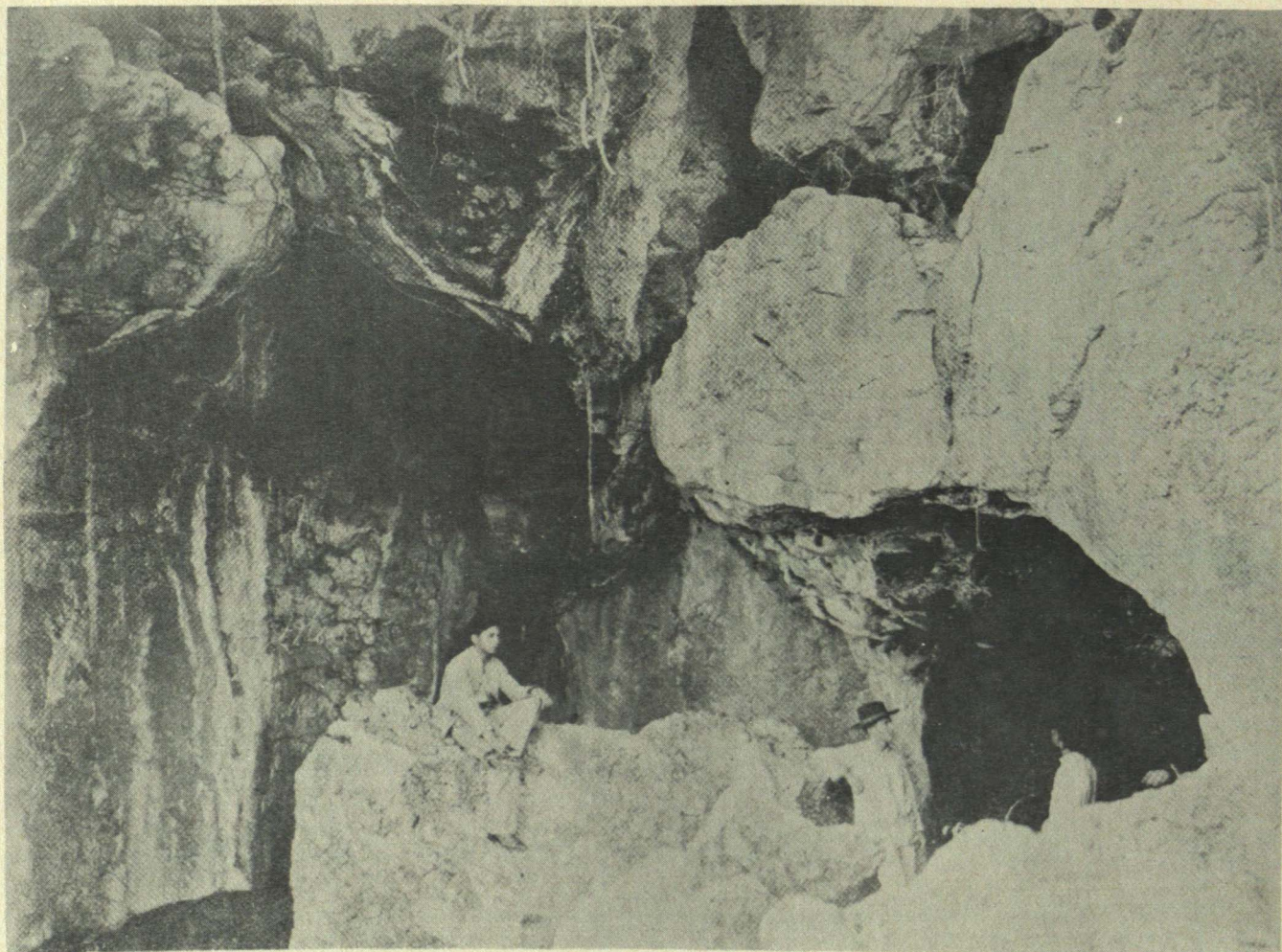
Porque ya vengas ó te retires, todo en los orbes, todo lo riges con tus compases vastos, profundos, y, en el gran ritmo que altiva marcas, todo lo absorbes, y das la norma que en lo infinito siguen los mundos.

¿Por qué yo quedo mudo é impasible, cuando te elevas como si fueras de los abismos un alto ensueño, y no comulgo las negras hostias que al éter llevas, pan de sepulcro, nota de arcanos, óleo de sueño?

¿Tan sólo bajo las losas blancas y sepulcrales tendré tu calma, tendré tus sombras, tendré tus velos tendido al fondo del pebetero que, en espirales, eternamente su incienso de almas tiende á los cielos?

Inclina ¡oh Noche! tu faz de sombra, bañada en llanto de claridades, y da á mi mente todas las calmas que das al mundo, cuando al besarlo tiendes, cual manto, tu cabellera, llena de sueño, sobre las almas!

MIGUEL LUIS ROCUANT.



SAN SEBASTIAN: Boca de la Cueva. — Fotografía de Avril

DEL VERNISSAGE

No podía ser de otra manera. Ese cúmulo de heterogéneos festejos que se prepararon con motivo del «viaje regio» á golpes de hachas y martillos, entre gritos y carreras de impaciencia, tenía por fuerza que atropellar á alguien.

Y el atropellado fue el *vernissage*, el acontecimiento-artístico que, hace yo no sé cuántos años sirve como de termómetro al mundo parisiense para cambiar de vida, de indumentaria y de placeres el primer día del «florido» mes de mayo.

Todo contribuyó al desastre de la clásica fiesta. Por un lado el desorden de la temperatura, que dió al traste con las gasas, cintas, volantes y encajes que confeccionaron, como de costumbre las señoras para la solemnidad señalada. Y por otro, la notable ausencia del elemento oficial que nunca faltó á la apertura del salón. Y es que las tribulaciones eran muchas: quién más quién menos andaba atolondrado, cuando no enlúquecido con la visita del agosto inglés. Así resultó la serie de fiestas, empezando por el descalabrado *vernissage*, un desbarajuste semejante al que produjese de improviso, por medio de una calle desempedrada, una carrera espantosa de carros cargados de latas de petróleo.

Han contribuido también, en mucho, por no decir en total, al lamentable fracaso, los artistas expositores, aunque no tanto ni de tan extraordinaria manera, como lo juzga Jean Lowain, metido esta vez á crítico implacable.

Junto con Jean Lowain otros críticos de menor cuantía han echado los pies por el aire en punto á censura artística. Jamás la censura llegó como ahora, en París, á tan despiadados extremos. A creer lo que se ha dicho del salón actual, allí no se puede entrar sin perder el juicio.

Lo peor del caso es que, sin más fundamento que los ingratos rumores críticos, el público que no va al *vernissage* y que esta, generalmente, influenciado por los que inauguran y presiden los sucesos de ese género, entra casi siempre al salón ya *prevenido* y, por ende, dispuesto á ver negro lo que es blanco; á echar por tierra obras de buena ley, y á ratificar el fallo de aquel otro público selecto que se erigió en juez y falló con fallo inapelable toda una Exposición de pinturas.

Por la puerta de los periodistas entré yo el primer día.

La gente se agolpaba en las entradas principales; se arrollaba en las dos anchas alas de la escalera monumental y

había invadido ya, por completo, las cuarenta salas del Gran Palacio; de modo que aun haciendo esfuerzos sobrehumanos no podré dar sino una idea, en globo, del fastuoso acontecimiento, señalando tal cual de las principales telas que me impresionaron.

La primera que atrajo mi atención fue de un autor casi desconocido. Louis Viardot, autor de concepción vigorosa y de ejecución atrevidísima. Presenta, al borde del *trottoir*, dos obreros sin trabajo; dos obreros de facciones enérgicas, de mirada sombría, con los trajes arrugados y el viejo *foulard* al cuello; llevan las manos metidas entre los bolsillos del pantalón de rucia pana, y contemplan el desfile de los coches que vienen del Bosque, acaso, todos cargados de superfluas y mundanas opulencias.

Es un pedazo de pintura sólida, amenazante, si cabe la expresión. Uno entra de lleno en la idea y en el sentimiento del artista.

No sé si fue por la impresión que ese audaz trabajo me produjo, ó porque la aglomeración de gente me impedía admirar á mis anchas los demás cuadros, es lo cierto que en aquella primera sala no encontré nada de valor; y entré en otras, sin fijarme en la numeración de orden. Sé que recorrí muchas, muchísimas salas en las que hallé una uniformidad de telas verdaderamente desespe-



SAN SEBASTIAN: Grupo tomado en la entrada de la cueva. — Fotografía de Avril

ravilla de arte toda ella, con firmas famosísimas: Bonnat, Henry Martin, Chartran, etc! ¡A tout seigneur tout honneur! Hay allí una deslumbrante *fiesta de máscaras* de Ferrer; un *Herrero* de anchas espaldas y puños de acero, naturalmente, de Georges Clairin que no se olvida; una escena horrible sobre la última tabla de una embarcación despedazada por la tempestad: dos pescadores se la disputan y en la encarnizada lucha parece que se empujan por un movimiento desesperado sobre el espumoso tumulto de una ola. No recuerdo de quien es el cuadro. De Chartran hay un «hermoso» retrato del Presidente Roosevelt y de Nobillet una pintura suntuosísima; una Walkiria de varonil arrogancia y de contornos más arrogantes aún que su misma actitud. Bajo el brillante casco de acero cruzado de blancas plumas fulguran los ojos verdes de la espléndida figura, y de sus entreabiertos labios parece que va a salir una nota impetuosa. Entre esa Walkiria del gran pintor y la que traza Blasco Ibañez en una de sus últimas novelas, no muy original por cierto, prefiero la del pintor. Da, por lo menos, una idea más bella y más radiante de la heroína de la Opera famosa. Está de piés, apoyada en la lanza, con el manto flotando sobre las redondeces del talle, y como esperando que termine la ovación del público electrizado para reanudar el canto interrumpido. La obra del pintor lleva el sello del genio. Un sujeto que pasó junto a mí en aquel instante, hizo por entero el juicio del cua-

rante. Insensiblemente, melancólicamente me puse á recitar, mientras marchaba, los versos del poeta.

Hoy como ayer, mañana como hoy...

No había allí nada rematadamente malo; pero nada tampoco extraordinariamente bueno. Los celajes todos azules,

las aguas todas tersas, todos los lagos *dormidos*, los bosques todos espesos. Me produjo el efecto de un camino llano muy largo, recorrido á través de una infinita bóveda de árboles... donde todos los árboles fueran iguales.

De pronto una sala magnífica, una ma-



UNA PIGEON EN SAN SEBASTIAN. — Fotografía de Avril



FLORENCIA: Museo Nacional — Cabeza de Sísifo. — Escultura de Miguel Ángel

dro en esta sola, gráfica y desenfadada expresión boulevardier: *c'est épatant*.

— ¡Toda una sala de retratos de gente ilustre!

A los parisienses le encantan los retratos, sobre todo si estos son de personas conocidas. Viste mucho eso de exclamar en alta voz dándose tono:

— ¡Regarde Rostand! — *Regarde Sardou!* — *Regarde Sorel qu'elle est maigre!* (Cuchicheos y risas á propósito de la delgadez de la Sorel, ó de la nariz de Waldec Rousseau, ó del ojo extraviado de cualquier personaje). También figura en la famosa sala, remozada hasta el punto de confundirse con una joven de veinte años, la excelsa anciana Sarah Bernhardt. Esta obra de juventud y belleza se debe al *milagroso* pincel de Jean Paul Laurens.

En la sala contigua se distingue, entre lo menos malo, *La Música*, la *Poesía* y la *Danza* de Albert Thomas, tema gastadísimo de plafond de teatros, de restaurantes y cafés; una *Rome s'amuse*, inspirada en el eterno *Quo Vadis*; y un *Paraiso luminoso* con su manzana y todo que

presenta Darricau en todas las exposiciones.

Allá en la sala XX, ocupando un espacio kilométrico alcanzo á ver algo extraordinario; el público se agrupa al redor de la tela, y allá me dirijo contando con el *clou* de la feria.

Es una obra simbólica de Jourdan: una figura colosal, casi desnuda, llevando á pedazos sobre el cuerpo una sábana ensangrentada; tiene la cara retorcida por el dolor, desordenada la hirsuta cabellera, un brazo en alto señalando al cielo ennegrecido. Va huyendo la trágica figura, no del desastre de aquella parte del Salón, sino del desastre de la Martinica.

En el primer momento uno, aterrizado, no sabe qué pensar ni qué decir. Luego, mirándolo mejor, en vez de terror siéntese que involuntariamente sube la risa á los labios, tal es el cúmulo de herejías que se van encontrando en la obra — si aquello merece tan benévolo calificativo. Por fortuna son contados, escasisimos los trabajos de semejante estrafalaria naturaleza en la actual ex-

posición, aunque otra cosa digan los intransigentes.

No huelga aquí advertir — si es que se me ha olvidado hacerlo más arriba — que éste es un artículo momentáneo, de impresión, donde no cabe el análisis detenido, ni el detalle minucioso, ni la serenidad en fin, que exige la reseña de un salón grandioso que cuenta más de ochocientos cuadros en su vasto y casi gigantesco semicírculo.

Yo charlo de arte como charlo de literatura: en mangas de camisa, como decía el pobre Blasco, y en crónicas desenvueltas que me permitan decir cosas que no podría decir en trabajos serios y campanudos de dómene infatuado.

En mangas de camisa, pues, si ustedes quieren, continúo mi paseo por el salón.

Delante de mí, echando tal vez de menos sus buenos tiempos de artista y *dandy*, tirado de correctísima levita y flamante sombrero de copa, luchando para no encorvarse al peso de la edad, va el célebre pintor Carolus Durand. Le acompañan tres señores que deben ser del jurado por el aspecto y por sus autoritarios gestos, desplegados frente á los cuadros.

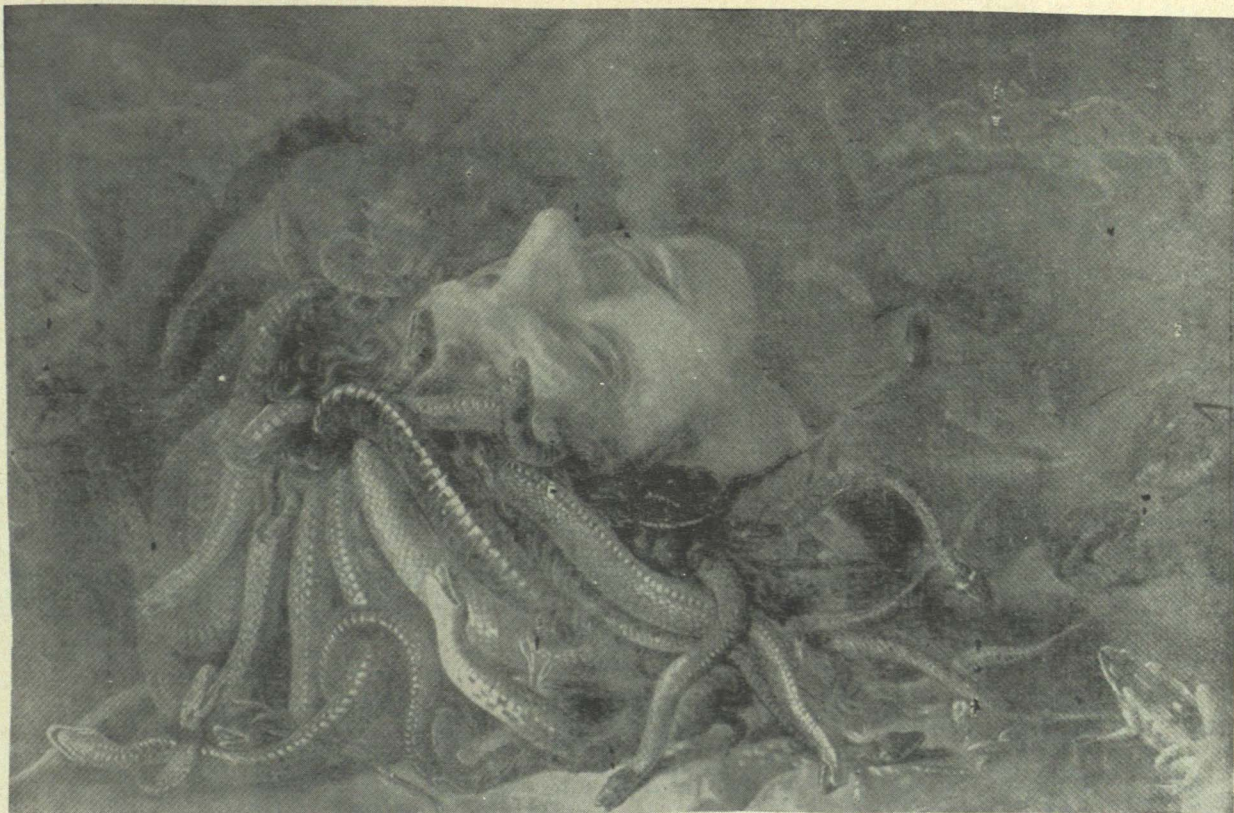
Empujado por la curiosidad me acerco á ellos en el preciso instante que contemplan un *Job* que, yo — lego en pintura al lado de esos señores — encuentro notabilísimo. Me afirmo más aún en mi juicio, porque oigo, creo oír que elogian: «dibujo magistral» — dicen. «Estilo académico» «Magnitud, expresión» y no recuerdo qué otras palabras de parecida indole artística. Pero: el cuadro tiene *peros*. ¡Y yo que lo creía impecable! «Luz harto intensa... rigidez en los músculos del brazo derecho — y en la pierna izquierda. Falta de belleza en el gesto de resignación.

¡Pobre Job... y pobre autor! Salieron hecho trizas al fin; porque la censura, que comenzó *doucement*, como dicen estas gentes, terminó de manera despiadada. Me quedé haciendo cruces, pues sé de buena tinta que el autor del «*Job*» es camarada íntimo de Durand.

La camaradería en París que, hasta ayer creía yo que no era una palabra vana, según he podido averiguar, es hermanita de leche de aquella que se usa en nuestros mentideros y conciliábulos literarios: una loba cuyos lobeznos son y serán toda la vida, á todas horas, feroces é implacables los unos para los otros; y nadie podrá cambiarles jamás su condición de fierrecillas á esas gentes: lobezno será el pintor para el pintor en todo tiempo; lobezno el músico y lobezno el literato, sea del género que sea...

¿Pero qué estoy diciendo yo? Sin darme cuenta, insensiblemente iba ya tirando por el atajo de las psicologías pasadas de moda. Asustado, espantado de mi inconcebible distracción salgo á prisa y corriendo de ese áspero caminejo, y gano de nuevo el camino llano.

El camino fatigoso, mejor dicho. Porque la multitud acrecida por numerosos grupos que vienen de afuera, de la escultura, forma murallas que impiden la marcha y hacen irrespirable la atmósfera. Algunas señoras que deben estar muy acaloradas se despojan de los boas y dejan ver unas nuca harto mórbidas y....



FLORENCIA: Cabeza de Medusa. — Por Leonardo de Vinci

La verdad es que estas señoras son muy inoportunas! Ante un cuello tangible, carnoso, redondo y provocativo y otro cuello pintado sobre una tela burda por bien pintado que esté, no hay hombre que vacile.

Yo, por mi parte, no sigo en prolongada peregrinación por esas salas ¿á qué? A contemplar entre bostezos, paisajes brumosos, campiñas «grises», prados interminables, marinas, bosques, riachuelos como los de Anauco, y cabezas de perros y de vacas! Para eso me voy á la rue Laffite. Además veo á lo lejos, en el fondo de las salas contiguas, filas y más filas de cuadros casi indefinibles, de tonos terrosos, como si quisieran figurar desiertos y como si quisieran sus autores simbolizar en ellos las tres cuartas partes de tan rutinaria Exposición. Decididamente, no paso de aquí. Otro día con más calma, cuando se haya hecho el despejo, cuando las mujeres sean menos bonitas y los trajes menos sugestivos vendré á terminar debidamente la reseña.

Después de todo la parte de reseña que me falta me la dan hecha, como si dijéramos, dos elegantes muchachas que vienen camino opuesto al mío á sentarse en el mismo canapé donde yo estoy. Y por cierto que se expresan muy bien: no es extraño; son parisienses. Y la mujer parisiense es inteligentísima, más inteligente, en arte, que los mismos hombres.

—Habrà que hacer—dice una—quinientas medallas este año.

En los ojos de su compañera brilla como una estrella una interrogación.

—Ah! sí: hay que premiar á todo el mundo. Todo el mundo ha cumplido

bien. Ninguno de modo excepcional como en los años anteriores. En los anteriores años decíamos: el arte francés está en razón directa de todo cuanto le rodea. Sufre, de cerca ó de lejos la influencia de su tiempo. Ahora como nunca tenía el arte en Francia campo vasto y hermoso para reflejar todo lo que de su seno se desprende; y prueba de ello es que hoy la literatura aborda problemas muy hondos y muy arduos en el periódico, en la novela y en el teatro... El dolor, las luchas, las pasiones, los instintos, los anhelos, los usos, las costumbres y las revueltas sociales lanzan en el teatro, en el libro y en la prensa sus gritos más ó menos elocuentes respondiendo punto por punto á las angustias humanas. El arte, es decir, la pintura no ha querido ó no ha podido decir otro tanto en la presente ocasión, propicia á todo triunfo. De toda nuestra compleja existencia social no hay aquí un símbolo; y si lo hay, la pintura, extraviada, no ha encontrado para exponerlo mas que un molde: el de la vulgaridad.

¿Qué le decía yo á ustedes?

Saben esas muchachas más que todos nosotros los que hablamos de escuelas, de tendencias y trascendencias, de géneros, de realismos, de idealismos y de modernismos en pintura.

Por lo menos no necesitan de veinte páginas para decirlo. El día que yo me decidía á escribir otra crónica de arte, abordé á la primera parisiense que pase por mi lado, empujando una charla *pic-tórica* con ella y vuelvo á casa convencido de vaciar en las cuartillas todo un mundo de ideas espirituales y hermosas.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

GERHART HAUPTMANN

I

Un día Gerhart Hauptmann, muerto de tedio como su Johannes Bockerat, el protagonista de *Almas solitarias*, por no tener una persona con quien discutir sus ideas, abandonó las selváticas y misteriosas orillas del Rhin y fué á llamar á la puerta del palacio de Paul Leroy-Beaulieu construído sobre una margen del Sena en el radiante país del Sol. Venía pobremente vestido, los pies encerrados dentro de unos gruesos zapatones cubiertos de polvo, y la cabeza casi oculta en un gorro de pieles raído y mugriento.

—¿Quien llama?—dijo el rico señor del espléndido palacio, casi malhumorado y displicente.

—Abrid, señor,—contestó el causado viajero.—Vengo de muy lejos, del país de las almas nebulosas y solitarias, de la región de los grandes filósofos, á buscar un poco de sol y un poco de alegría en la morada del sabio economista. Me llamo Gerhart Hauptmann.

Entonces Mr. Paul Leroy-Beaulieu corrió el cerrojo y dejó entrar al pálido viajero vestido de harapos. El poderoso señor de aquel palacio se hallaba ese día de muy buen humor y no tenía, por desgracia, con quién echar un párrafo. Así, pues, el triste viajero veníale como de perlas.

—Entrad, entrad, y sed bien venido. Os sacudiréis el polvo del camino, os refrescaréis el rostro con agua clara y tomaremos juntos un bocado, una friolera. Pasad, pasad sin temor, mi buen hombre.

Y Gerhart Hauptmann se encontró, de pronto, como en un sueño de las *Mil y una noches*, subiendo aquellas amplias y monu-



LA CABEZA DE MEDUSA. — Por W. Kotarbinski

mentales escaleras de blanco mármol, sobre cuyas losas radiantes se reproducía su mísera silueta.

—Pasad, pasad, mi buen hombre.....

El piso, las paredes, el techo artesonado, todo, todo era lujosísimo y soberbio. Parecía aquél el templo de la Fortuna. Mullidos tapices orientales cubrían el suelo de las habitaciones; extrañas sederías y magníficas pinturas llenaban las altas paredes; objetos de arte valiosísimos se encontraban por doquier.

—Pasad, pasad, mi buen hombre.....

Las claras lunas de Venecia, de anchos biseles en sus bordes, le miraban sonriendo; algunas estatuas de bronce, verdaderas maravillas artísticas, parecían preguntarse, con gestos severos, quién era aquel extraño; algunos jarrones japoneses, de inestimable valor, se apretaban el abultado vientre con ambos brazos, riéndose á carcajadas.

Pero Mr. Leroy-Beaulieu sonreía bondadosamente á su visitante:

—Pasad, pasad, mi buen hombre.....

Limpio ya, refrescado el rostro, más sereno el espíritu, Gerhart Hauptmann se sentó al lado de su huésped en un sofá del estudio. Había allí, en aquella habi-

tación de un lujo severo, centenares de libros ricamente encuadernados, reverberando el oro de sus rótulos.

—¿Hay algunos libros, eh?—exclamó Mr. Leroy-Beaulieu, siguiendo la dirección de las miradas de su visitante y sonriéndole amablemente.

—Sí, muchos hay,—contestó Hauptmann.

Y luego, sacando de su bolsillo un manuscrito fregoteado, grueso y de caracteres negros y borrosos, agregó:

—En cuanto á mí, no tengo más que esto.

—¿Y qué es eso, señor Hauptmann?

—¿Esto? Esto son *Los Tejedores*.

—¡Oh! ¡*Los Tejedores!*—exclamó Mr. Paul Leroy-Beaulieu, así que se hubo repuesto de su desagradable sorpresa.—¡*Los Tejedores!*

Gerhart Hauptmann le miró un instante sin desplegar los labios. Después dijo á su vez:

—*Los Tejedores*, sí. ¿Conocéis mi trabajo, verdad? Pues bien: ya que se lo conocéis, discutamos. Vos representaréis al rico Dreissiger, al patrón; yo haré de Baecker, el mísero, el explotado obrero. Ya lo veis: es un duelo á muerte el que os propongo. No he venido aquí para otra

cosa..... Los dos no cabemos en el mundo: yo me muero de hambre; os he dado toda la sangre de mis venas para que disfrutéis del lujo y de las comodidades que os rodean; vos me echáis á la calle, á la miseria, después de haberme quebrado el espinazo frente á vuestros telares. ¿Aceptáis?

—Sea.—contestó Mr. Leroy-Beaulieu, viendo que toda evasiva era inútil.

Y ambos luchadores se contemplaron un instante silenciosamente, midiendo sus respectivas fuerzas, prontos á destrozarse al primer encuentro.

Gerhart Hauptmann fue el primero en acometer. Nervioso, fino, vibrante, su primer golpe fue un terrible mazazo digno de la Edad Media. Su voz, á medida que avanza en la lectura del manuscrito, tiene sorpresas resonancias de caverna. Su gesto es airado, un poco canallesco, bastante ofensivo.

Está leyendo las primeras páginas de su terrible drama, y hace resaltar el contraste que hay entre el patrón y el obrero: aquél, corpulento, satisfecho, severo, autoritario, lleno de importancia y de desprecio por los seres humildes que trabajan en su fábrica; éste, mísero, enflaquecido por el hambre y las privaciones, vestido con harapos, bajando humildemente la vista ante el amo y llevando en el rostro «una preocupación incesante é infructuosa». Es día de paga en la casa de Dreissiger, y todos los tejedores, hombres, mujeres y niños, vienen á cobrar sus míseros haberes frente á la rejilla de Pfeifer. Y toda una larga sucesión de miserias y de horrores empieza á desarrollarse ante los ojos del obrero Baecker,—el futuro vengador, el gran revolucionario.

«NEUMANN (*pagando dinero*). Quedan treinta y dos sueldos y dos centésimos.

«TEJEDORA (*tomando el dinero con mano temblorosa*). Gracias.

«NEUMANN (*viendo que la mujer no se va*). ¡Y bien! ¿No se va usted?

«TEJEDORA (*convocada, suplicante*). Anticípeme un pago de algunos centésimos. ¡Tengo hoy tanta necesidad!

«NEUMANN. Yo tendría necesidad de un pago de centenares de escudos. ¡Si bastara tener necesidad!»

Y siguen desfiliando los obreros suplicantes, pidiendo un mísero anticipo para acallar el hambre; mientras los amos, imperterritos, los echan á la calle poco menos que á latigazos.

«HEIBER (*coloca su pieza sobre el banco, mientras Pfeifer la examina. Heiber se le aproxima y le habla á media voz, calorosa y persuasivamente*). Tenga la bondad, señor Pfeifer; hágame la caridad,—no se ofenda... si me pudiera dejar el á cuenta hasta otra vez.....

«PFEIFER (*sardónicamente, continúa midiendo la tela con el compás y observándola con el lente*). ¡No faltaría otra cosa! ¡Se le ha hecho humo el anticipo, eh?

«HEIBER (*en el mismo tono*). Estaría mejor hasta fin de esta otra semana; he tenido que trabajar dos días en la calle, y para colmo he tenido á la vieja enferma.....

«PFEIFER (*pasando la pieza al pesador*). ¡Otra porquería! (*Examinando ya otra pieza*). ¡Vea usted qué géneros: unos largos, otros estrechos! ¡Quién ha tupido la trama, quién la ha estirado como con un peine? ¡Y lo menos setenta hilos por pulgada! ¿Dónde está la honorabilidad? Se puede engordar así ciertamente.....

«HEIBER (*reprime las lágrimas, y queda humillado y desconsolado*).

«TEJEDORA (*que se había alejado entretanto algunos pasos de la mesa del cajero y que miraba alrededor con ojos extraviados bus-*



VENECIA: Río de la Latta

cando ayuda, sin moverse, se da ánimos y se vuelve nuevamente al cajero, suplicando). No puedo, no puedo adelantar así..... no sé cómo levantar cabeza..... si hoy no me da un adelanto.....; Ay, Jesús! ¡Jesús!

«PFEIFER (volviéndose á la tejedora, le grita). ¡Dejadme en paz con vuestra jesusería! Por lo común, no sois tan devotos. Haríais mejor en pegaros á vuestro hombre, que no hace otra cosa que estarse en la hostería desde la mañana hasta la noche. No podemos dar anticipos. Nosotros tenemos que rendir cuentas. No es éste nuestro dinero. El principal lo cobra de nosotros. Quien es laborioso y conoce su oficio y hace su trabajo con el santo temor de Dios, no tiene necesidad jamás de anticipos. ¡Y basta, ahora!»

Implacables, cerrado el corazón á las miserias que cruzan ante su vista, sin dolerse de aquellos desventurados que no tienen un pedazo de pan para llevar á la boca, ni un trozo de leña con que dar fuego á la estufa para desentumecer sus miembros ateridos de frío, los amos siguen arrojando sus obreros á la calle, á lo desconocido, á

la miseria. Y entretanto ellos viven felices y contentos en medio del lujo y las comodidades que se procuran á costa del sufrimiento de sus obreros. Pero esta situación no puede continuar así indefinidamente; hay que romper esas cadenas odiosas; hay que reivindicar los derechos del humilde trabajador; hay que obligar al patrón á pagar lo justo y razonable y negarle ese derecho que se ha atribuido á sí mismo para vencer y doblegar á los pobres. ¿Y quién es el que tal empresa acometerá? ¿Quién? El, el obrero libre, el obrero valiente, el obrero fuerte. Sí, él mismo es el que debe luchar por la reconquista de sus derechos; él mismo tiene que hacerse valer ante el amo. Uniéndose, ayudándose los unos á los otros, sacrificando el interés individual al colectivo, es como se podrá contrarrestar la fuerza del poderoso, del patrón. Y Baecker es el símbolo de esta unión, la fuerza omnipotente que irá á pedir cuenta de sus exacciones y robos al capitalista ensoberbecido y triunfante.

¡Qué escena terrible y conmovedora la que

se desarrolla entonces entre el poderoso Dreissiger y el mísero Baecker! La voz de Gerhart Hauptmann sube entonces el diapasón y se hace aguda como un relámpago fulgurante y se torna sorda como un trueno vengador. El obrero habla por fin, y sus dolores, sus penurias, sus privaciones, brotan como río de encendida lava, para ir á ahogar al amo prepotente. Este se yergue altivo; por sus ojos ha cruzado un rayo de ira; sus labios se han contraído con una mueca de venganza. Es la primera vez que un miserable siervo se atreve á desconocer su autoridad y le dice aquellas palabras terribles. El sabrá castigar tamafía osadía; y, volviéndose á sus dependientes, les dice:

«DREISSIGER. Para este hombre, no tenemos nosotros ni un céntimo de trabajo.

«BAECKER. ¡Oh, si reviento de hambre frente al telar ó en una fosa, todo me es igual!

«DREISSIGER. ¡Fuera, fuera en seguida!

«BAECKER (resuelto). Antes quiero mi paga.

«DREISSIGER (arranca de las manos del cajero el dinero y lo arroja sobre la mesa, de manera que algunos sueldos van á rodar por tierra). ¡Aquí está! ¡Y ahora, fuera!

«BAECKER. Primero quiero tener mi paga.

«DREISSIGER. Ahí está vuestra paga, y si ahora no os mandáis mudar en seguida..... casualmente es medio día..... los tintoreros dejan al momento su trabajo y.....

«BAECKER. La paga se me debe dar en la mano; la quiero aquí (se toca la palma de la mano).

«DREISSIGER (á la aprendiz). Recogedla, Pilgner.

«LA APRENDIZA (recoge las monedas y las da á Baecker).

«BAECKER. Me gusta el orden en todo. (Coloca el dinero en una bolsa vieja sin apresurarse).

«DREISSIGER. ¡Y bien! (vendo que Baecker no se va). ¿Tendré que ayudarle?»

Baecker sale entonces. ¡Está, pues, vencido! No, no está ven-

cido. Ahora empieza la lucha. Las hostilidades han sido rotas, y ya se verá quién vence á quién.....

Mr. Paul Leroy-Beaulieu, ante el rudo ataque de su contrincante, queda firme, sin retroceder un paso. Su frente se ha ensombrecido un poco, solamente; pero su voz no es menos altiva ni su gesto menos airado al formular la réplica.

Bien, bien. He comprendido. Los obreros se quejan del patrón y le hacen la guerra por cuestiones pecuniarias. Baecker es despedido por su insolencia y va ahora á dirigir la huelga contra la casa de Peterswaldau. Comprendido, comprendido. Su tesis de usted en *Los Tejedores* es que las huelgas obreras se producirán mientras el capital no socorra á los trabajadores según sus necesidades. Usted, pues, las justifica.

--Sí,—contesta nerviosamente Hauptmann.

—Pues bien: yo voy á enseñarle á usted todos los males que traen aparejados las huelgas á los Estados, á los patrones

y á los mismos obreros. Hablaré con toda imparcialidad. Oiga usted.

Y después de sonreír maliciosamente á una espléndida estatua de bronce, —un amorcillo picaresco que le miraba frente á frente, amenazándole con un dedo,—dijo:

—El derecho de huelga puede ser útil para hacer respetar al obrero por los empresarios poco escrupulosos é inhumanos; pero no se debe recurrir á él sino en la última necesidad.»

—Creo que es el caso de *Los Tejedores*..... —interrumpe Hauptmann.

—Sí, es ése el caso, y usted lo ha escogido á propósito. Pero su Dreissiger es un tipo de excepción, y en general las huelgas se producen injustamente. Usted ha querido hacernos creer que *todas* las huelgas son legítimas porque todos los empresarios y capitalistas son unos Dreissiger. Esto es lo falso de su obra. Pero, no me interrumpa.

Hizo una pausa, y luego continuó con gesto doctoral:

—Las huelgas traen un enorme desperdicio de capital; generalmente las pérdidas sufridas por las asociaciones de obreros no son compensadas por las ventajas mismas de la victoria. Supongamos que una huelga dure un mes: es una pérdida para el obrero de más de un 8 p^o de su salario anual; si se obtiene al fin de ese mes de huelga un aumento de un 5 p^o de salario, no es sino al cabo de diecinueve meses que el obrero, por el aumento de su remuneración, habrá ganado lo que perdió en el mes de su descanso voluntario.—Las huelgas, impidiendo á los industriales hacer frente á sus compromisos ó tomar pedidos nuevos, aprovechan á menudo á las industrias concurrentes, aun á las industrias extranjeras. Ciertas industrias han emigrado por causa de las huelgas: la de la construcción de navíos ha abandonado así á Londres; la ebanistería parisiense ha sido comovida por la misma causa, con gran provecho para la ebanistería alemana y austriaca. De que el obrero tenga el derecho de huelga, no resulta que deba usarlo frecuentemente; hay muchos derechos que, por su propio interés, el hombre avisado y equitativo debe dejar dormir.»

¡Hum!—hace Hauptmann, como hombre á quien no asustan tales argumentos y disponiéndose á dar otro golpe. Pero, ¿qué me dice usted de la miseria en que viven los obreros, frente al lujo escandaloso que gastan los industriales? Compare usted, compare usted la morada Dreissiger que describo en el acto cuarto de mi obra, con la humilde estancia del tejedor Hilse que presento en el quinto.....

—¡Oh, el lujo!—exclama Mr. Leroy-Beaulieu, como hombre que conoce bien el asunto;—¡cuantos estúpidos prejuicios contra el lujo! Pero ¡si el lujo es uno de los principales agentes del progreso humano! La humanidad—ya lo he dicho antes de ahora—debe estarle reconocida por casi todo lo que hoy decora y embellece la vida, por una gran parte de las mejoras que hacen más sana la existencia! El lujo es el padre de las artes. Ni la escultura, ni la pintura, ni la música, ni sus similares populares el grabado, la litografía, habrían podido desarrollarse en una sociedad que hubiera declarado la guerra al lujo.» Sí, señor; esto es innegable, como es innegable aquella otra aseveración también mía: «La cuestión del lujo no es otra cosa que una faz de una cuestión más vasta: la de la desigualdad de las condiciones. Está probado que la igualdad de las condiciones detendría todo progreso en una sociedad y la haría retroceder gradualmente hasta la somnolencia intelectual y las privaciones materiales de las edades primitivas.» Pero

no es menester detenerse en estas filosofías; vámonos á la práctica, si le place. ¿A quien aprovecha el lujo? ¿Cree usted que sólo á los Dreissiger? No, amigo mío. También aprovecha á los obreros, y más aún, si cabe. Pongamos por caso que se dé un gran baile en una casa rica. Advierto á usted que este ejemplo lo presenta un ilustrado economista francés, Mr. Gide. Conque..... se da un gran baile, ¿no es eso? Pues vamos á ver las consecuencias. Empecemos por el dueño de casa. ¿Qué debe hacer? Primero: preparar los salones; y he aquí que una nube de tapiceros, pintores, muebleros, gasistas, etc., etc., viene á arreglarle todo lo que él no puede hacer personalmente. Son otros tantos obreros que cobran su salario con motivo del baile. Segundo: hay que poner el *buffet*; y los confiteros, y con ellos sus dependientes, entran en juego, como asimismo los obreros del café, de la bodega, los conductores, los hombres para servir al público, etc. Nueva gente que gana dinero con aquel motivo. Tercero: la familia tiene que vestirse; y he ahí que modistas y sastres, con toda su legión de costureras y cortadores, se ponen en movimiento y trabajan. Agréguese que casi todos los invitados deben recurrir á sus sastres, zapateros, tenderos, peluqueros, ¿qué sé yo!, para presentarse debidamente al dicho baile. Conque.... ¡vaya usted sumando toda la gente que trabaja y cobra salario por culpa de la bendita fiesta! Y esto, sin contar luego á los cocheros que conducen á los invitados; sin contar las propinas y mil otras futelezas que, seguramente, no aprovechan al rico, sino al pobre. Y bien: ¿quién ha creado todo esto? ¿quién hace vivir á los pobres? El lujo. No hay vuelta que darle.....

Se interrumpió un instante, cambió de postura en su asiento, y luego prosiguió:

—Amigo mío, si los ricos necesitan de los pobres para su mejor comodidad, también es cierto que éstos necesitan de aquellos para vivir. Y entre la comodidad y la imprescindible necesidad de vivir, hay aún alguna diferencia..... me parece!—Oiga usted ¿Qué quieren los obreros? ¿Qué exigen sus *Tejedores*? Ya lo ve usted: obtener un bienestar como el de Dreissiger, y esto es imposible.....

—¡Ah!.....—hizo Gerhart Hauptmann.

—No, no es una concesión la que le hago. No es tampoco que restrinja el alcance de mis ideas. Digo que Baecker no puede disfrutar de los bienes de Dreissiger, porque ambos están en situaciones muy distintas. Uno es el capitalista; el otro el obrero. Pero, ¿quién expone más capital en la realización de su empresa? ¿Dreissiger que se arriesga á perder su fortuna, ó Baecker que no expone más que su trabajo diario? Las ganancias deben estar en razón directa del capital empleado, y usted no querrá sostener que el obrero Baecker cobre igual que el capitalista Dreissiger, poniendo aquél menos que éste. Por eso, mi buen hombre, el único personaje de *Los Tejedores* que no es, como los demás, un incoherente y un fanático, sino el tipo del sentido común, es ese viejo Hilse del último acto.....

—¿Hilse? ¿De veras?—dijo con ironía Gerhart Hauptmann poniéndose en pie y mirando á su enemigo.—¿Conque os parece que he trazado la figura de ese pobre viejo para que en *Los Tejedores* figurara también el sentido común? ¡Oh! Pero ¡usted no ha comprendido el papel que desempeña ese personaje en mi obra! El es la rutina, el sopórtalo todo, el gran resignado, la eterna víctima. El es el gran vencido,—el vencido de antemano, porque no sabe luchar,—el esclavo de su propia debilidad é insignificancia, el gran ignorante que des-

conoce sus obligaciones y sus deberes. Por eso, le oír á usted exclamar en el último momento: «Mi Padre celeste me ha destinado á esto que soy, y aquí quedaré y haré mi obligación, así la nieve se prenda fuego.» ¿Lo oye usted, señor economista acomodaticio, filósofo feliz del optimismo? Ese viejo Hilse, cuyo fatalismo he puesto bien de relieve, es, precisamente, el más sólido argumento de mi obra contra el estado actual de las cosas. «¡Me quedaré aquí, así la nieve se prenda fuego!» ¡Hermosa filosofía, dioses inmortales! Según ella, todo está arreglado por adelantado; todo lo que acontece ha sido así dispuesto anteriormente por la ley eterna y absoluta: el hombre nada podría hacer por evitar ó torcer lo que debe efectuarse necesariamente de esta ó aquella manera..... Hay que someterse, hay que resignarse..... De modo que yo ó usted caemos enfermos y no llamamos al médico ni tratamos de tomar medicamentos, porque ya está escrito lo que ha de sucedernos forzosamente: si nuestro destino es morir, en vano es toda la ciencia del médico y toda la virtud de los remedios; si, por el contrario, nuestro destino es salvarnos, nos salvaremos sin remedios ni médicos, y aunque éstos se empeñaran en matarnos. ¿Qué tal con el fatalismo? ¿Es absurdo ó no? Pues bien: ésa y no otra es la filosofía que se gasta el viejo Hilse. Y ya veis el castigo que le depara la Providencia: apenas acaba de pronunciar aquellas palabras, y va á sentarse frente á su telar para proseguir su tarea de esclavo, suena afuera, en la calle, una descarga de fusilería: son los soldados que hacen fuego á los huelguistas. ¿Y á quién hieren las balas? ¿A los motineros? No sé, no nos importa averiguarlo; pero lo que vemos, lo palpable, es que una bala perdida viene á dar sobre el pecho del viejo Hilse y le arroja muerto sobre su patíbulo—el telar.—Ahorá, haga usted todas las consideraciones que quiera sobre este hecho.

El pálido viajero alza cada vez más la voz. Su gesto se hace imponente. Su frente de pensador parece iluminarse con un destello de gloria tardía.....

—¿Cuál es entonces el deber de la juventud?—prosigue. ¿No debe iluminar á los pobres de espíritu? ¿No debe servir de báculo á la vejez? ¿No debe salvar á los débiles? La juventud es la inteligencia, la fuerza y la verdad; ella, pues, simbolizada en Baumert, Baecker y Jaeger, es la que ha de triunfar y á ella hay que seguir. Si el viejo Hilse es el *sentido común*,—este sentido es una antigualla casi siempre falsa,—la juventud de aquellos tres personajes es el *buen sentido*; y entre éste y aquel no cabe escogitación. ¿Estamos?

—Bien, bien, mi buen hombre,—replica Mr. Leroy-Beaulieu mirando al solitario del Rhin;—pero su socialismo de usted no deja por eso de ser malo y peligroso. Mis argumentos no han sido vencidos ni replicados. El lujo es necesario, y no sólo es necesario, sino útil para el mismo obrero. La desigualdad de las fortunas es una ley económica que da estabilidad á los Estados, y.....

—Sí, y con tal que unos vivan felices, que los otros se mueran de hambre.....

—Esa es otra ley, amigo mío: la ley de «la lucha por la existencia»,—una ley natural, ineludible.....

—Una ley salvaje, querrá usted decir, señor mío; una ley que ha de derogarse cuando la humanidad progresa y los individuos, dejando de ser bestias, se transforman en seres inteligentes, buenos y libres.....

Dicho lo cual, se dirigió hacia la puerta, y, sin mirar una vez más al potentado señor del magnífico palacio construido sobre una margen del Sena, salió con ade-



LA MUERTE DE NERON. — Por W. S. Semirnow

mán triunfante, apretando bajo su brazo el precioso manuscrito de gruesos caracteres negros y borrosos.

Gerhart Hauptmann dejaba el país del Sol para volverse á su patria selvática y brumosa.

II

Pero el espíritu inmenso del creador de *La Asunción de Hannele Mattern* no puede alentar en medio de aquella atmósfera de biblioteca que le rodea en su tierra natal. Su alma libre y apasionada sueña con otros horizontes donde la luz meridiana no se vea embozada por las brumas de la filosofía hegeliana. Su pensamiento cosmopolita y viril aspira á la lucha sin tregua, á la difusión redentora, á la conquista de las regiones ignotas. Y su arte, de un realismo neto infiltrado por corrientes azoadas de simbolismo ultra, reniega de aquella impasible serenidad del arte griego, de que nos habla Winckelmann.

Muy pronto, el revolucionario pensador de las selváticas y misteriosas orillas del Rhin volvió á sentir el tedio mortal en su alma, y la nostalgia de otra alma gemela le llenó de zozobras, de dudas y de melancolías. Su mirada se dirigió hacia todos los puntos cardinales, buscando un sér con quien platicar y discutir. A la manera del doctor Johannes Bockerat, él, Gerhart Hauptmann, no puede vivir sin una Ana Mahr. Y, súbitamente, un gran gesto amistoso, algo así como la sombra del aletazo caudal de un águila que vuela hacia el Sol, detuvo su errabunda mirada. El profundo pensador de Skien le hacía señas.

El autor de *Los Tejedores* no vaciló un minuto. Cogió su saco de viaje, cubrió su cabeza con el gorro de pieles, puso bajo su brazo izquierdo el enorme paraguas de algodón, y emprendió la marcha. Algunos días después, sudoroso y cubierto de polvo, se detuvo frente á la modesta morada de Ibsen.

—¿Está en casa el constructor Solness? —preguntó á la vieja y enjuta criada que salió á abrirle la puerta.

—Pase usted.

El «alma solitaria» del Rhin, el errante viajero, penetró en el despacho del Maestro.

—¿Johannes Bockerat? —le preguntó el hombre de la cara de oso polar, sin devolverle el saludo.

—Sí y no. Yo no soy ahora un hombre, sino un espíritu ó una idea, como usted quiera. Hace mucho tiempo que he muerto ahogado en el lago que existe en mi jardín. Me suicidé por una mujer.

Su interlocutor le miró con mirada helada. Por entre sus labios entreabiertos se deslizaron, furtivas, algunas palabras:

—También yo he muerto por una mujer. Caí desde lo alto de mi torre.

—Somos, pues, dos espíritus: así nos entenderemos mejor.

—Sí, nos entenderemos mejor. Cuénteme usted su historia.

Entonces el solitario viajero empezó así:

—Yo era doctor. Vivía en Friedrichshagen con mi vieja madre y mi esposa Catalina. Estas dos mujeres son creyentes; yo no lo era. Tampoco era creyente el amigo Braun. Mi pensamiento, anhelante de verdades, se remontó más de una vez á la región de las ideas absolutas, y allí solamente fue donde vivió libre y feliz. Odié la tierra, las imbéciles costumbres sociales, las leyes absurdas de los pueblos y, sobre todo, la necesidad ó ignorancia de los burgueses. La alegría de los hombres me ha hecho mucho daño: no he comprendido jamás cómo podían reír esos hijos del dolor engendrados tan sólo para sufrir. En cuanto á las mujeres, nunca me movieron á lástima, porque son perversas: viven como los vampiros, chupando la sangre de los hombres.

El constructor Solness hizo una mueca, y expresó todo su pensamiento con una sola frase:

—Es su venganza.

—Ya sé, ya sé que usted dice—replicó el viajero del Rhin—que las mujeres tienen derechos, y que el hombre se los ha desconocido hasta ahora. Pero, ¿es que éste mismo tiene derechos?

—No es una razón.

—Pero es una justificación; y, en todo caso, esa supremacía del hombre es una resultante del derecho del más fuerte.

—¿Usted cree que yo he sido más fuerte que Hilde? ¿Usted cree que la madre

de esta muchacha, aquella Ellida de *La dama del mar*, era menos fuerte que su marido? ¿Usted cree que Rosmer y Hialmar son más fuertes que Rebeca y Gina? ¿Usted cree que Torvaldo y Osvaldo son superiores á Nora y Mme. Alving? ¿Usted cree eso?

El hombre de la cara de oso polar, saliendo de su apatía, se había puesto terrible. Su voz vibraba como latigazos de fuego. Sus ojos arrojaban llamas. Pero, súbitamente se calmó, y reclinándose en su sofá, dijo:

—Prosiga su historia.

Mi historia es la historia del pensamiento humano: buscar las alturas, ascender un momento y luego caer desesperanzado para que le huelle é insulte la planta de los tontos y zafios.

Hizo un gesto de cólera el gran vencido, y prosiguió:

—Ya dije á usted que no amaba á los hombres ni á las mujeres, y si se agrega ahora que no creía en Dios, que era ateo, se comprenderá fácilmente cómo es que me hallaba solo en medio del hormiguero mundanal, cómo es que me veía perdido en medio de mis dudas y de mis pensamientos. Sólo era feliz cuando, seducido por la idea de que la vida intangible es la única realidad, me olvidaba de todo lo terreno, hasta de mí mismo, y platicaba plácidamente con el Supremo Pensamiento. Así, pues, respetando, como la respetaba, á mi vieja madre, y queriendo, como la quería, á mi mujer, que era una deliciosa criatura, me encontraba solo, abandonado, sin un sér que me entendiera. Cuanto más próximos estaban sus cuerpos á mi cuerpo, tanto más lejos estaba mi alma de sus almas. Yo era, en una palabra, un alma solitaria.

Un día entró á mi casa una estudiante rusa, y desde ese momento supremo concebí la Felicidad. Ana Mahr era una joven inteligente y sola: ¿entiende usted? Es decir, que no tenía quién la comprendiera, que no tenía un alma gemela; era lo que yo era, en fin. Su alma solitaria era hermana de la mía. Nos vimos y nos adivinamos. Desde ese instante no nos podíamos separar jamás.

Nuestras aspiraciones eran, también, co-



UNA MAÑANA DE PASCUA. — Por C. Siewert

munes. Suspirábamos por la libertad absoluta del individuo y queríamos trozar esas cadenas sociales que aprisionan el sér humano á todo lo que éste odia, precisamente. Y hablando, hablando siempre con aquella mujer que *entendía*—¿lo oye usted? ¡me *entendía*!—mi pensamiento, buscando conjuntamente el significado de la vida y la ley eterna que gobierna todas las acciones humanas, llegamos á unirnos de un modo tan estrecho, que parecíamos marido y mujer.

—¡Hilde!—suspiró el constructor Solness, siguiendo el vuelo de sus recuerdos.

—Entretanto—prosiguió el errante viajero—la Desgracia velaba cerca de nosotros. ¡Está escrito que el hombre no ha de alcanzar jamás la Suprema Felicidad! Apenas mi alma, unida al alma de Ana, olvidaba su soledad y recreábase con la más luminosa fiesta de la inteligencia, mi propia familia se alzó contra mí. ¡Mi mujer tuvo celos de Ana Mahr!

—¡Hilde!—volvió á suspirar el viejo constructor.

Hubo entonces una gran pausa, y en medio de aquel religioso silencio, el grandioso noruego y el sublime alemán se confesaron la gran desventura de sus almas solitarias. Hilde Wangel y Ana Mahr eran la encarnación de la libertad, de la individualidad de aquellos dos grandes soñadores Halvard Solness y Johannes Bockerat. ¡Y ambos habían caído vencidos sin alcanzar la posesión plena de la risueña esperanza! ¡Ambos habían sufrido todas las miserias de la vida, los rencores de los amigos y los celos de la familia, por

pretender perseguir la propia individualidad!

El triste viajero del Rhin fue el primero en romper el silencio.

—Qué lucha atroz, Dios mío, la que hu-
be de sostener entonces para que mi familia y mis amigos no me robaran mi propio pensamiento.—¡Ana Mahr! Porque ha de saber usted que hasta mi amigo Braun, inducido por mi madre y Catalina, me hizo una guerra despiadada.

—¡El doctor Herdal!—murmuró el constructor Solness.

—Todos querían robarme á mi ventura. Y sin embargo—¡lo juro solemnemente!—yo y Ana no éramos adúlteros. Yo no falté jamás á mi mujer. Nuestras relaciones eran puras; nos amábamos con un amor intelectual, con el amor de las almas solitarias..... Buscábamos la dicha en la libre manifestación de nuestro pensamiento; y, ya lo he dicho, Ana Mahr, para mí, no era una mujer: era mi *yo*, mi personalidad, mi idea, mi libertad!

—¡Hilde!

—Aquella lucha espantosa no podía prolongarse por más tiempo. Todos sufríamos horriblemente. Pero, ¿cómo terminarla? ¡Ah! ¡lo de siempre! ¡La inteligencia pisoteada por la ignorancia! La idea nueva y re-
dentora, la libertad, sometida á las rancias costumbres preestablecidas, á la esclavitud! ¡Yo no era libre; yo no me pertenecía; yo *era* de mi mujer! ¡Ana robaba á Catalina; *yo*, mi *yo*, no estaba esclavizado á los derechos de mi mujer, debiendo estarlo! ¡Mi pensamiento no era mío: debía ser de Catalina! ¡Se concibe este ab-

surdo? ¡Yo debía besar la cadena que me hacía esclavo y maldecir el pensamiento que me hacía libre!

—¡Hilde!

—Se ha hablado de *adulterio ideológico*—continuó el viajero del Rhin, después de una nueva pausa,—y se ha dicho que aunque mis relaciones con Ana eran puras, cometíamos pecado; por eso lloraba y sufría mi mujer. ¡Imbéciles! No comprenden que Ana no era una mujer, ni siquiera otra persona: era yo mismo, mi *yo*, mi pensamiento. Y si es cierto que yo tengo deberes para con los otros, no es menos cierto que los tengo para conmigo mismo. Yo cometo *adulterio ideológico* sin necesidad de que venga á mi casa una Ana Mahr; yo puedo enamorarme de una Idea, de una de esas mujeres encantadoras del Pensamiento, nacidas de la soledad del alma, en un oscuro rincón del cerebro. Yo puedo tener secretos intelectuales que ignoren todos los demás y rendirle mi culto, mi pasión..... Y, sin embargo, esto no levantara resistencias, porque no se ve..... ¡Ira de Dios! Pero, ¿es que yo veía en Ana á la mujer? ¡Ella no tenía sexo: era mi Idea!

—¡Hilde! ¡Hilde!—susurró Solness.—¿Tenía sexo Hilde? ¡Yo la besé de pequeña, como ella dijo!

Y mientras el hombre de la cara de oso polar seguía el vuelo de sus recuerdos, el triste viajero del Rhin continuó su historia:

—Mi mujer Catalina no era mala, no. Era una niña burguesa. ¿Queréis una prue-

ba? Hela aquí. Ana va á partir, porque se ha tocado su corazón. Sabe que su presencia es la que llena de llanto los ojos de mi mujer, y de dolor el alma de mi madre. Pero, antes de partir, quiere nuestros retratos. ¡Oh, qué escena espantosa! ¡Qué lucha de pasiones! ¡Qué amor en el odio; qué rencor en la generosidad! ¡Parece mentira todo el mundo de pensamientos y de ideas que se cruzan dos mujeres en cuatro ó cinco frases!

«ANA. ¿Quiéres darme tu retrato?

«CATALINA. Con mucho gusto. (*Se pone á buscarlo en un cajón del escritorio.*) Pero, es muy antiguo.....

«ANA (*golpeando con un dedo, ligeramente, la nuca de Catalina, y con commiseración.*) —¡Qué pobre cuellecito tienes!.....

«CATALINA (*siempre buscando, vuelve un poco el rostro, y con melancólica ironía.*)— ¡No tiene que sostener una gran inteligencia, Ana! (*Tiende una fotografía á Ana:*) Aquí está.

«ANA. ¡Muy bonito! ¡muy bonito! ¡No tendrías alguno de tu marido? ¡Sí?

«CATALINA. No sé.

«ANA. Busca, busca, mi querida Catalina.....¿Tienes uno, verdad?

«CATALINA. He aquí uno. (*Le entrega un retrato.*)

«ANA. ¿Es para mí?

«CATALINA. Sí, Ana; guárdalo. (*Ana guarda rápidamente la fotografía en su bolsillo.*)»

—Así, pues,—continuó el interlocutor del viejo noruego,—mi mujer no era mala: comprendía su pequeñez, su debilidad, pero quería *conservarme*.....

—Así era Alina Solness, mi mujer,—interrumpió el gran constructor.—Cuando ella creyó que Hilde había conseguido de mí que no subiría á mi torre para colgar la corona,—es decir que, por *conservarme*, aceptaba la influencia que la mujer rival podía tener sobre mí,—le dió efusivamente las gracias, agregando esta confesión de su pobre corazoncito sangrante: «Yo no hubiera logrado jamás retenerlo.»—¡Oh Hilde, Hilde!

—Sí, nuestras historias son una misma—contestó el errante viajero del Rhin,—salvo el problema de hipnosis que entraña la suya. Pero la mía es más humana: la de usted es más simbólica.

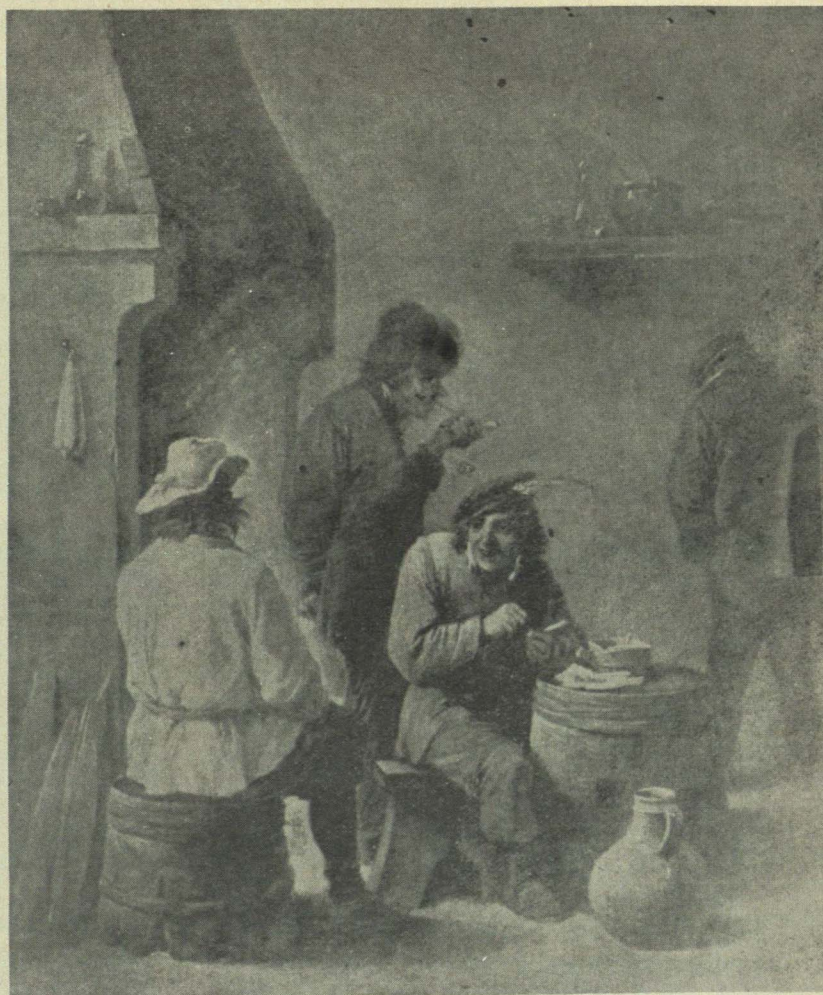
—¡No importa, no importa! ¡Ana abandona, al fin, su hogar, no es cierto? Y usted, que no puede vivir sin ella, sin su pensamiento, se suicida arrojándose al lago que existe en su jardín, ¿verdad? Pues yo lo mismo, amigo mío. Yo me he suicidado para ser libre. Yo subí á la torre para suicidarme, sabiendo que no había de resistir al vértigo: siempre había sufrido del vértigo. Los dos hemos muerto por una mujer.

—¿No hay, entonces, salvación para nosotros, Maestro?

—¡Salvación?—repitió el grandioso noruego, bajando la cabeza y cayendo en profundo ensueño.

—¡Oh, sí!—exclamó de pronto, mirando con aire de soberbio triunfo á su interlocutor;—¡oh, sí!—¡todavía tenemos salvación! ¡Devolvamos á la mujer los derechos que nosotros, los hombres, le hemos desconocido, y entonces seremos más libres!

Quando Gerhart Hauptmann, volvió á las selváticas y misteriosas orillas del Rhin, en el país de las brumas filosóficas, su alma estaba más triste que las Almas Solitarias y por sus labios rodaban las estrofas del «Juicio Universal» que cantaban los tejedores debajo de las ventanas del fabricante Dreissiger.



Cuadro de D. Tólers

GRITO DE TEDIO

Mefistófeles, mi ánimo está enfermo!
Mi espíritu es sombrío, duro, yermo:
ni con su magia la ilusión lo enflora,
pues en la negra noche de mi vida
no ha bajado una gota de rocío
ni un sonrosado resplandor de aurora
al solitario erial del pecho mío!
Y refugiado en lo íntimo de mi alma,
cual náufrago en un témpano del polo,
la soledad me hiela con su calma;
pues ni amor, ni ilusiones, ni alegría
rompen esta letal monotonía;
que, del desierto cual la estéril palma,
no espero, ni del aura vagabunda,
el beso fecundante que le infunda
luz, aroma y color al alma mía!

En el palenque de la vida, lidio
sin odio, sin afán y sin quebranto,
y llevo por la arena mi fastidioso
cual héroe invicto su glorioso manto!
Y en este inútil y bestial combate
en que, conscripto del deber, batallo,
del tedio al pie de la bandera negra,
ni la derrota con su horror me abate,
ni la victoria con su luz me alegra!

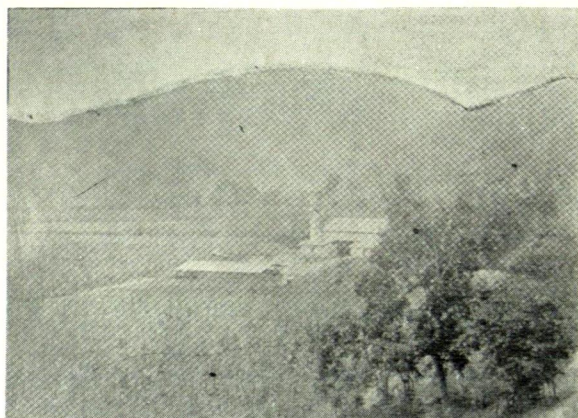
Que no conmueven el cerrado pecho
ni temor, ni esperanza, ni zozobra,
pues, de mi vida en el proscenio oscuro,
soy actor y soy público y soy obra! . . .

Ven, pues, oh Mefistófeles! y dame
de tu filtro, divino porque infunde
juventud y vigor al pecho humano!
Pues hay divinidad en cuanto crea:
del hombre en el cerebro y en la mano,
en el pesar que al corazón destroza
y en el amor que al corazón caldea!
Solo en el alma mía
el fuego de los cielos no chispea,
porque ella es la misma alma,
la misma alma de Fausto, vieja y fría!

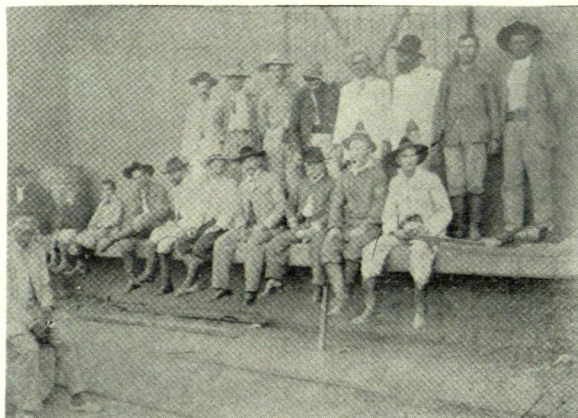
Dame tu filtro, Satanás divino!
porque yo quiero que la vida estalle
en explosión primaveral y en florea
el yermo de mi espíritu y colorea
con rosea luz mi lóbrego camino!
Dame el amor que al corazón agita!
Quiero sentir el luminoso fuego
que en el alma que vive, reverbera!
Dame, dame á mi hermosa Margarita,
que, á trueque de la vida que te ruego,
si tuviera mil almas te las diera.

RECUERDO DE UNA CACERIA EN LOS VALLES DE ARAGUA

VÉASE SECCIÓN "NUESTROS GRABADOS"



1



2



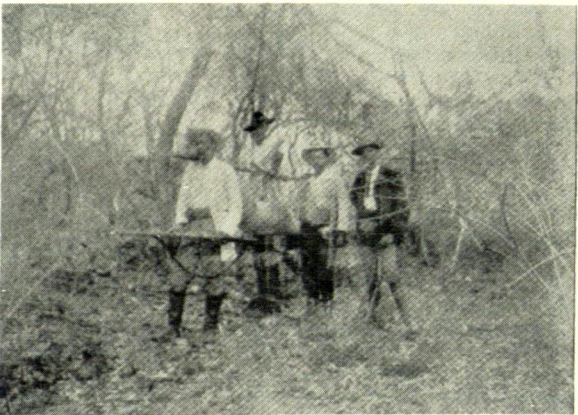
3



4



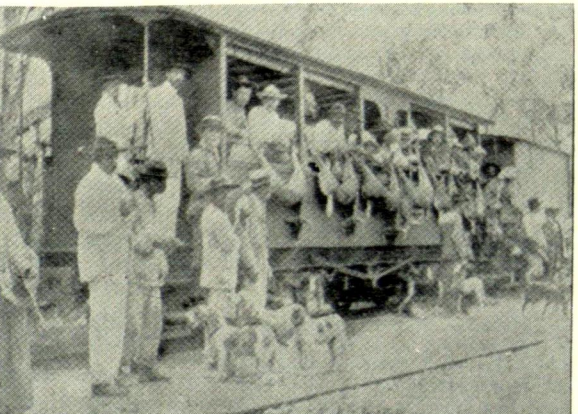
5



6



7



8

- 1 Hacienda Urbina, de G. Vollmer — El Consejo.
 3 Paso de la quebrada que va á la Hacienda Urbina.
 5 Isla del Burro en La Laguna de Valencia.
 7 A la salida de Maracay, con 22 venados.

- 2 Grupo tomado en la estación de El Consejo — El Jefe civil señor Donato Rivero.
 4 Grupo tomado en la casa del señor Francisco Romero, en Maracay.
 6 Captura del venado.
 8 Entrada del wagón á Caracas.

LAS PRIMERAS LAGRIMAS

—Pues yo no he llorado nunca, gracias á Dios!

—¿Nunca?

—Es decir, eso no es así tan absoluto, lloré una vez, hace ya algunos años, pero fue por una simpleza. ¡Si supierais! Os digo que fue una simpleza.

—¿Por qué? ¿Se puede saber?

—¡Jamás! ¡Es un secreto!

Bastó que Conchita se manifestara poseedora de un secreto, para que la curiosidad femenil se desesperara por arrebatarse á la preciosa concha, la misteriosa perla que llevaba escondida en el pensamiento.

—¡A contar ese secreto!

—¡Sí, que lo cuente!

—¡Entre amigos no debe haber secretos!

—Y entre amigas, no puede haberlos—dijo inocentemente la más íntima confidente de Conchita.

Era en mayo. Llovía una lluvia menuda y pertinaz. La tertulia íntima de Conchita había sido alegre y chispeante, pero el mal tiempo, la lluvia monótona y constante había influido melancólicamente en los espíritus, y todos hablamos de nuestras primeras lágrimas espontáneamente.

Cada cual refirió cómo había hecho su ofrenda de llanto en el altar del dolor, y todos resultábamos con una vieja cicatriz en el alma, más ó menos grande.

Hasta Conchita tenía la suya. Ella tan joven, tan bella, tan pura, tan feliz, también había vertido las perlas de sus negros ojos en la inmensa y sombría copa del dolor.

¿Por qué?

Acorralada cariñosamente por sus amistades la dulce niña nos reveló el secreto diciendo:

—¡Si es una tontería! Imaginaos que papá, para celebrar el décimo quinto aniversario de mi nacimiento, como dicen los periodistas, proyectó un pic-nic que debía verificarse en su hacienda, á plena luz, bajo los árboles, sobre el mullido césped, bajo el cielo azul.

Desde que nos dió la fausta nueva podéis figuraros mi entusiasmo.

Faltaban veinte y cuatro días nomás para la fiesta. Y qué lejos me parecía aquello! Yo quería empujar el tiempo, abreviar las horas, suprimir algunos días para que llegara más pronto la fecha de mi cumpleaños.

¿Creéis que volví á comer regularmente? Pues nó! Mamá se alarmó. Papá me amenazó con no hacer nada si yo seguía así; y á fuerza de reconciliaciones me sentaba á la mesa. ¡Perdí cinco libras!

Cuando faltaba apenas una semana, mi entusiasmo no conocía límites.

Haciendo las invitaciones, me dolía no ver en mis invitadas el regocijo que

me poseía, el cual creció más cuando mamá le dijo á mi modista que me tomara las medidas para un traje largo.

¡El traje largo Dios mio! ¡Aquello era el colmo de la felicidad!

Iba á volverme loca. Si tu supieras chica—decíale Conchita á su amiga inmediata—si tu supieras los besos feroces que le dí á mamá aquel día!

No comí nada; en cambio para halagar á papá recibí la lección de piano correctamente, y en la clase de inglés, en que siempre estuve pésima, resulté admirable. Mr. Hacker se sonrió entonces por primera vez conmigo.

En la noche no pude dormir; y pasé seis días insomne, pero el peor fue el sábado, la víspera del festival.

¡Qué noche, Dios mio! Nunca la olvidaré.

Después de probarme muchas veces mi nuevo vestido me acosté sumamente fatigada.

Mamá estaba de lo más inquieta.

Aunque yo no lo creía necesario, puse el despertador en las seis de la mañana.

Recé locamente. No sabía lo que estaba rezando.

Dejé todo arregladito para el amanecer, y ya en la cama me puse á pensar si me faltaba algo. Pero nó, todo estaba listo: los guantes, la sombrilla, el *nécessaire*, todo.

Muy tarde me dormí.

Y entonces! No quisiera decirlo, pero estamos en confianza. Entonces, yo estaba dormida, pero pensaba en sueños.

Me veía en aquel hermoso campo, lleno de luz, de flores, de música, de pájaros, ya perdida en el voluptuoso vértigo del baile, ya bajo la sombra de un árbol, en amable charloteo, reposando de la fatiga del último vals y perdonadme, eran fantasías del sueño: me sentía cortejada, me veía hasta bonita, me oía llamar elegante, mis amigas me felicitaban por mi traje largo.

Y él....?

El, tan tímido, tan respetuoso. Federico que nunca me había hablado, pero que yo sabía bien que me amaba. ¿Se acercaría á mí? ¿Bailaría conmigo? ¿Se enamoraría de otra en el pic-nic?

Hice un esfuerzo para no soñar más, sobre todo en lo último y desperté.

El reloj del comedor dió las dos.

¡Qué triste suena un reloj en el silencio de la noche! Parece que una voz sombría y misteriosa de otro mundo nos dice, que una hora de nuestra vida ha caído por siempre en el abismo de la eternidad!

Seguí pensando despierta en lo que soñaba dormida.

Sentía calor. Me levanté y abrí un postigo de la ventana de mi alcoba.

Un rayo de luna cayó sobre mi frente como una suave guedeja de oro. Todo estaba en silencio.

Una frescura inefable entraba por el postigo abierto.

Me envolví bien, y al fin me dormí profundamente.

A las seis en punto el despertador estalló en un furioso repiqueteo vibrante y agudo. ¡Por fin!

Al ruido argentino del reloj se unía otro ruido ronco y monótono.

Al principio no me daba razón de lo que pasaba. Creía que estaba soñando todavía. Me asomé al postigo, y entonces fue cuando me di cuenta de que llovía, de que llovía torrencialmente! Mas nunca ha llovido como aquella mañana! Parecía que todas las cataratas del cielo se habían roto. El golpe del agua hacia un ruido unísono, ronco y formidable. ¿Cómo os diría mi tristeza?

Profundamente abatida me arrebujé en mi lecho, me envolví fuertemente la cabeza para no oír aquel aguacero desesperante, y lloré, largamente, inconsolablemente!

RAFAEL SILVA.

Caracas, 1903.

SANGRE PATRICIA

POR MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

Caracas, 1902.

Para quien informa al público acerca de las obras literarias de tal clase ó tal país, es un feliz hallazgo el que se publica alguna á la que poder elogiar casi sin restricciones y con caluroso elogio. Tal me sucede con ésta.

Inauguré esta sección bibliográfico-crítica de literatura hispano-americana en el número 6 de esta Revista (Junio de 1901) (*) tratando muy principalmente de Manuel Díaz Rodríguez y de su novela *Ídolos rotos*, y ya entonces esperaba que se me volviese á presentar ocasión de alabar como se merece la labor literaria de este venezolano que honra á las letras españolas, llamando así á las letras en lengua española.

Sangre patricia es aún mejor que *Ídolos rotos*, mas cuidada de estilo, más concisa, más poética.

Lo mejor sería hacer aquí un extracto de ella y reproducir algunos de sus pasajes; pero esto ocuparía muchas páginas: tan inextractable es y tantos los pasajes que merecen ser reproducidos. Uno de ellos, que se refiere á España y al aprecio y estimación que de nuestra patria deben hacer los hispano-americanos, he de hacer que se reproduzca en alguna de nuestras revistas, pues pocas veces la lúcida y calurosa simpatía se ha expresado con mayor elocuencia á este respecto.

El argumento de la novela es sencillísimo. Julio Arcos es un venezolano de pura raza española que vive en París, expatriado. Es un soñador. «Desde su origen, su familia había venido en hazañas múltiples despilfarrando su capaci-

(*) La España Moderna.



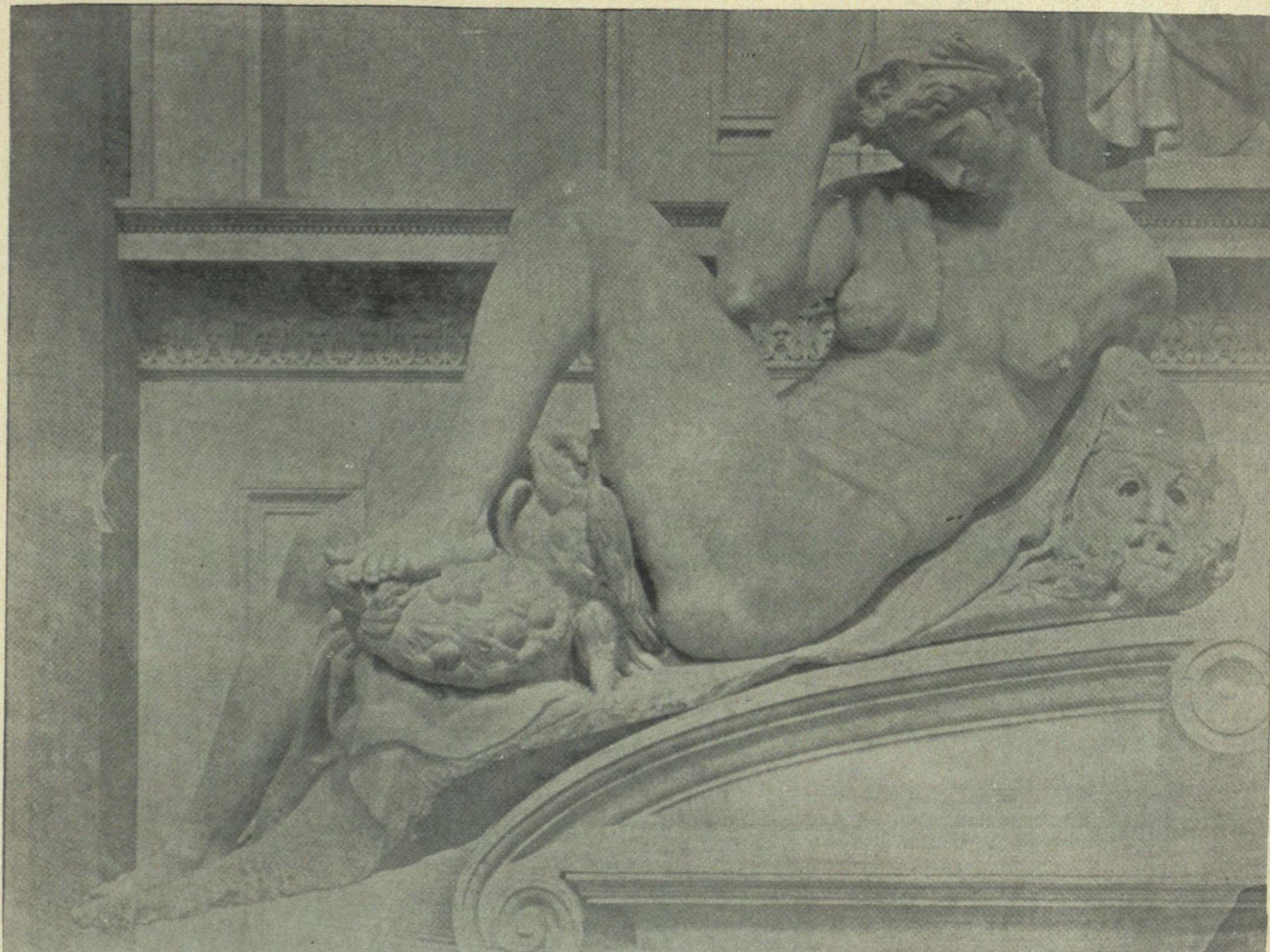
LA TUMBA DEL SOLDADO. — Cuadro de Kotarbinski

dad para la acción; y así como ésta disminuía, bien podía en grado igual, y de insensible modo, haber venido aumentando su capacidad para el sueño.» Porque «su estirpe guerrera, al través de muchas generaciones, apenas había consagrado al sueño breves pausas y raros individuos.» La historia de algunos de sus antepasados llena dos hermosas páginas. Julio se había casado por poder con una novia que tuvo en su patria, Belén Montenegro, á la que nos describe el autor con complacencia, y que viene de Caracas á París á unirse con su marido.

Mas en la travesía muere y va su cuerpo al mar, y cuando el buque llega á Europa se encuentra Julio viudo antes de haber sido marido. Hay que leer el relato, sobrio y sencillo, de su dolor, y cómo llega á su casa de París y arroja por el balcón á la calle las flores con que esperaba á su desposada. El resto de la novela es el dolor de Julio y cómo se le encalma y va á recorrer la Corniza, y en Niza se hace al mar en un bote repleto de flores para celebrar la fiesta del desagravio de éstas tendiéndolas sobre la tumba de Belén. Al cabo regresa á su patria,

obsesionado por el recuerdo de su novia, y soñándola como sirena que vive en el seno del Océano, acaba por arrojarse al mar, á juntarse con ella antes de llegar á Caracas.

Claro está que es tan imposible formarse idea de la novela por esta exposición de su argumento central, como lo sería querer formarse idea de una hermosa mujer muerta hace años por la inspección de su esqueleto. Además, lo expuesto es su *argumento central*, sin los añadidos, episodios y argumentos adicionales que avaloran este precioso libro. A tal



LA NOCHE. — Figura del monumento á Julián de Médicis, por Miguel Angel (Sacristía nueva de San Lorenzo — Florencia)

punto, que gustándome mucho esa historia central y estimándola delicadísima y muy tierna, prefiero á ella en *Sangre patricia* el hermosísimo relato de la vida, ideales y andanzas del místico y músico Alejandro Martí. Desgajada de la novela, la historia de Martí constituiría, de por sí, un admirable trozo literario.

La historia de Martí es un encanto: cómo, nacido para el vuelo y el canto, salió de su patria, yéndose á París en busca de gloria; cómo, casado desde muy joven, su mujer «protegió su vivo sueño de arte, rodeándolo con una muralla de silencio,» pues «alma abnegada y fuerte de varona, puesta de rodillas en el silencio, adoraba,» y «si él dejaba el sueño por la acción, cuando volvía de ésta chorreando sangre, ella vaciaba sobre él sus palabras,» y «al ella hablar, el silencio crecía alrededor de él hasta defenderlo como un baluarte;» cómo vagó por las Antillas españolas, recogiendo las voces de la mar murmurante y sorprendiendo el alma de fuego de la danza criolla; cómo pasó á la América del Norte, donde su alma se sintió desfallecer bajo la pesadumbre de una atmósfera de mercantilismo, pero donde pene-

tró en el misterio de una vaga secta religiosa, de las muchas que corren y cantan allí «como fuentes claras bajo la atmósfera turbia de mercantilismo» y son «como impetuosos renuevos de ideal, empeñados en romper la burda corteza de un pueblo de mercaderes,» y cómo allí la unión del arte con la fe completó la unión, ya realizada en él, del arte con la vida: cómo volvió á París con su obra casi terminada, y dispuesto á mostrar las nuevas leyes de la música que creía haber descubierto, de una música evangélica. Y luego habla en el libro Martí y dice cosas que merecen oírse. Algunas de ellas sonarán á nefanda herejía ó á empecatada impiedad á los oídos de los sofólatras, de los que han erigido en ídolo á eso que llaman ciencia y que á nombre de su fe en ella, fulminan anatemas contra otras fes. Entre estas herejías está lo que Martí nos dice de las «inepcias de todos tamaños que Alcan el editor propala en forma de volúmenes,» y de su creencia de que «ni la ciencia verdadera ni la humanidad perderían mucho si á todos los volúmenes de casa de Alcan, hacinados en pirámide, les pusiéramos fuego.» Esta atrocidad

de juicio nace de misticismo ó de cualquier otra neurosis más fea aún, y lo mejor es que cuantos creen con todo su corazón y toda su mente en el sacrosanto dogma de la uniformidad y constancia de las leyes de la naturaleza, no hagan caso de tales vesanias y desprecien á los que creen en otros dogmas no más comprobados que aquél.

En una conversación entre Martí y sus amigos se hallan, en boca de Borja y de Ocampo, los hermosos pasajes en que el autor nos habla de España, que debe ser la «reserva de ilusión» para los americanos. Ocampo opina que todos los americanos de lengua española deberían empezar por España su peregrinación en Europa, y que ganaría su patriotismo poniéndose en contacto con tierra española. «Y quizás no esté lejos el día—dice—en que consideremos como nuestro deber más perentorio el ir en peregrinación, uno por uno, siquiera con el pensamiento, á robustecernos en las mismas fuentes de la raza.» Habla luego de las vestiduras que, á título de préstamo, hubieron de otras naciones, para ocultar sus vagos tanteos primerizos, refiriéndose «á ciertas influencias de pue-

blos extraños, que si un día pudieron servirnos de aguijón—dice—apenas pueden ya servirnos sino de rémora.» Y añade: «Es un repugnante lugar común, cuando se habla de nuestras miserias, en particular de nuestras miserias políticas, valerse del socorrido argumento de nuestro origen español, como si este solo origen contuviese en germen todos nuestros males. Fácilmente se olvida cómo, en la independencia, las almas de algunos de nuestros más grandes libertadores transplantaron á nuestra política, y pretendieron plantar de por fuerza en el seno de la raza, el espíritu francés, ó más bien el espíritu revolucionario francés, el cual viene desde entonces, con eclipses más ó menos largos, predominando en nuestra política y prosperando fuera de ella, á costa de nuestra vida original, es decir, á costa de nuestros hábitos y de nuestra lengua y literatura. El viejo y noble sentimentalismo francés, llevado á todas partes por la revolución, si nos fue de algún beneficio, en cambio nos causó bastante daño. Esa y otras influencias debemos arrancarlas de nosotros, abandonándolas para siempre, como trajes que no nos vienen á la medida. Y entre tanto apresurémonos á henchir de nuevo nuestras venas con ruda savia española.» Repito que merece la pena de que se reproduzcan en alguna de nuestras revistas las páginas 128 á 136, inclusive, de *Sangre patricia*. Encierran una robusta voz de ánimo y de consuelo que de América nos viene: de aquella pobre Venezuela, patria del Libertador, de Simón Bolívar, que sufre ahora, con la corrosión de las disensiones interiores, el constreñimiento del bloqueo de algunas potencias europeas.

Interesante es la novela *Sangre patricia* por lo que en ella se narra y las ideas que anidan en sus páginas; pero no es menos interesante por la manera de narrar aquello y de exponer éstas. Corre por sus renglones todos un soplo poético, lírico, á ratos pecando tal vez de exuberancia, acaso con demasiadas flores y piedras preciosas, de la afición á las cuales por parte de los escritores americanos he escrito más de una vez. Hay en este libro, realmente hermoso, defectos que provienen de cierta viciosidad tropical, de frondosidad casi virgen de podadera; pero prefiero esto á la sequedad rebuscada y artificiosa de algunos noveladores *analistas* ó que por tales se tienen. Esta sequedad la han inventado *geates* de poco corazón, empenándose en erigirla en norma. Y á nosotros los españoles, y creo que aún más á los americanos, se nos resistirá, y de caer en exceso, caeremos en el castelarino antes que en el stendhaliano. En lo cual no veo mal alguno.

¿Por qué hemos de plegarnos á la estética de otra casta ni hemos de reconocer



Srta. C. Fonteney, artista francesa del Teatro del Odeon

que su gusto es el bueno y el permanente y universal, y el nuestro, gusto de salvajes ó de hombres que carecen de finura? Por mi parte desconfío mucho de una literatura apestada de científicismo—cosa muy diferente de la ciencia—y en que se *construyen* las obras de arte literario con cierta fría y aguda virtuosidad; desconfío de los literatos que en vez de abandonarse y dar, en una ú otra forma, el corazón, dan ciertos residuos que dejaron en sus mentes las lecturas de tratados de psicología ó de sociología. Para leer ciertas novelas leo libros de psicología, que al cabo son más sinceros, más útiles, más instructivos y hasta más amenos y divertidos que ellas.

Hay, sin duda, en la novela *Sangre patricia* algo, aunque no mucho, de tropicalismo. Y no hay más, porque no en vano ha vivido en París su autor y se ha apacentado en la literatura francesa, lo cual es utilísimo y muy conveniente. No tendría derecho á hablar como hoy habla de París y de la influencia de la literatura francesa en la americana si no hubiese recibido el benéfico influjo de aquélla. Porque es indudable que la literatura francesa es una gran educadora de todo literato profesional, pero á condición de saber desligarse á tiempo de su fascinación y de no dejarla que tuerza nuestro natural, aunque lo corrija.

Y hay en *Sangre patricia* otras mácu-



Srita. Sandrini

Srita. L. Mante — De la Academia Nacional de Música de París

las que provienen de cierto extraño hibridismo entre la expresión tropical y eso que llamaban decadentismo francés. Tales son frases como ésta: «el mar no replicaba sino cantando su eterna antifona ronca, dilatando su eterna sonrisa indiferente bajo el cárdeno suplicio del crepúsculo.» Y como esto, ciertas expresiones que, como «flor de orgullo,» repite varias veces el autor por haberse enamorado de ellas. La afición á las flores, de que hablaba, le lleva á llamar á las primeras notas de una sonata «resonantes pétalos cristalinos» y expresiones por el estilo.

Pero ¿que importa todo esto en un libro de sólida belleza, conseguida, no á pesar de la inclinación á tales defectos, sino más bien merced á inclinación tal? Léase en las páginas 160 á 162 la impresión de un trozo de música que ejecuta Martí al piano, y se verá un pasaje realmente bello y de veras poético. Voy á reproducirlo aquí:

«Primero fué arriba, en el teclado, una nota muy tenue, como la que produce el caer de una débil gota de agua sobre un cristal sonoro; tras de ella vino otra, y otra, y otra nota semejante, que llegaron, multiplicándose y cada vez menos tenues, á fingir el caer precipitado de una lluvia muy fina; al repiqueteo de la lluvia muy fina siguió el deslizarse tembloroso de

un hilo de agua entre las altas hierbas; luego se oyeron las quejumbres, las canciones y las risas de la acequia rebozante; en seguida resonó el tumultario estrépito del torrente, y este mismo estrépito, serenándose poco á poco, se cambió en el rumor sereno y apacible del río, rumor que á medida se hinchaba el río, fué haciéndose más grave y reposado, hasta desaparecer más lejos, en donde los grandes ríos, entre sus márgenes remotas, corren y se extienden con majestad oceánica en medio del silencio más augusto. Sobre el silencio de las aguas del río, una canción pasó entonces, deshojándose, como la flor misma del silencio; se alzaba tal vez de lo más profundo del cauce, ó bajaba tal vez de las ribereñas y más próximas alturas, de los labios de alguna Loreley invisible que, al son de sus cantares, peinase con áureo peine sus cabellos de oro. Por un momento reinaron en la música la perfidia de la corriente silenciosa y la perfidia más dulce del canto. Después, como si un barquero en su barca se hubiese aventurado entre esas dos perfidias, la música remedió el encrespase de la onda y el remolino y la soberbia de las aguas, pasados los cuales el silencio anterior cayó sobre el río como una lápida sobre una tumba. Por fin, tras una corta pausa, la música remontó, evocando el tumulto

del torrente, los murmurios de la acequia rebozante, el trémulo susurro de un hilo de agua entre las hierbas y el repiqueteo de la lluvia, hasta la nota primitiva, aislada y muy tenue, como la que produce el caer de una débil gota de agua sobre un cristal sonoro.»

MIGUEL DE UNAMUNO.

HOMENAJE

ALBUM DE CAROLINA VILLASANA.

Eres todo un poema: en tu mirada
Hay luz de sol y títular de estrellas,
En tu boca dulcísimas querellas
Y en tu faz explosiones de alborada.

En tu frente serena y nacarada
El resplandor de lo inmortal destellas,
Y en tus mejillas, púdicas y bellas,
Se mezclan el armíño y la granada.

La frase, el verso, el himno, la armonía
Y la expresión del pensamiento grato
No alcanzan á igualar tu poesía;

Y por eso comprendo en mi arrebató,
Que nada en este libro igualaría
Al poema inmortal de tu retrato!

ARTURO MENDOZA RODRIGUEZ.



Srita. Dortzal — Del Teatro del Odeon

IMPRESIONES DE ARTE

—
Á TRAVÉS DE UN POEMA

Ricardo Jaimes Freyre, sale del Trópico y va á abreviar su espíritu en las nebulosas fuentes septentrionales, donde no llegaron los fulgores del gran sol helénico.

El poeta que nació al pie de las montañas andinas, que escuchó el rumor de la onda oceánica y el bramido del torrente despeñado, que cabalgó muy cerca de las nubes en su pegaso, ha sentido la obsesión de la naturaleza pujante, de la luz meridiana, de los horizontes inmensos, del infinito azul, y se lanza al mar de la Leyenda y de la Historia, en busca, también él, de su Venecia fantástica.

¡Qué larga trayectoria, la recorrida por este joven esteta desde su iniciación periodística allá en Lima, quince años ha, hasta sus recientes cartas de viaje á *La Nación*, desde el Janeiro y Sucre, elegantes

y concienzudas, nutridas al par de observación aguda y gracia singular!

¡Cuánta diferencia entre el versificador amanerado ó ingenuo de antaño, y el artista de hoy, sereno y severo, dueño de su instrumento, consciente de sus facultades, seguro de sus alas, diestro y afinado en el manejo de los ritmos, que hace ondular el verso como una cinta de seda y aureolea la estrofa de un difuso resplandor!

¡Qué lejos está de la caravana romántica de Zorrilla, este discípulo de Verlaine! Y, sin embargo, empezó celebrando la placidez de los retiros solitarios con Fray Luis de León, madrigalizó con Becquer, hizo su oda á la Libertad como Quintana, renegó de la existencia con Espronceda; y en plena aurora de la juventud y de la vida, elevó un himno al suicidio como Hartmann.

Un día al sondar su corazón, vió que no había sentido nada de aquellos lamen-

los hiperbólicos, de aquellas aleluyas patrioterías, de aquellas blasfemias satánicas, y exasperado consigo mismo de tamañas incongruencias, arrojó al fuego sus rimas manuscritas é impresas, con firmes propósitos de enmienda.

Dióse al estudio paciente y tenaz de las literaturas antiguas y modernas, bebiendo en los mejores manantiales, persuadido de que el artista no debe remedar sino crear. Abominó el calco. Después de haber sido reflector, quiso ser luz. El atrevido argonauta navegó en su carabela flamante por el vasto océano de las edades, tocando en todas las etapas que la humanidad selló con geniales empresas, con portentosos descubrimientos, con inauditas hecatombes. Se detuvo en los acantilados abruptos de Escandinavia, visitó la selva famosa de Thor y la fuente de Imer. Y de aquellas regiones brumosas de los crepúsculos pálidos y de las auroras veladas por extrañas neblinas, ha vuelto cubierto de piedras preciosas, resplandeciente, es decir: victorioso.

Porque *Castalia Bárbara* representa un triunfo doble en nuestra lengua de tambores y de cobres: el triunfo del claro-oscuro y de la delicadeza sutil; y el de la innovación métrica, ingertando un retoño poético,—el versolibre,—en el tronco de la vieja encina castellana.

Dejaré á otros más versados en materias de técnica literaria, el examen interpretativo del poema y el analítico de esas innovaciones líricas, estableciendo hasta donde lo son en realidad, para ceñirme á un punto: penetrar, si puedo, el espíritu del poeta, y definir su idiosincracia.

Ricardo Jaimes Freyre posee del Arte un concepto vasto, universal y *único*. Aristócrata é individualista, desprecia los preceptos escolásticos, los cánones de la liturgia retórica y el frío exclusivismo por considerarlos trabas de la belleza estética. No quiere limitaciones de ningún género: amplitud de visión mental y libérrimo vuelo. El pensamiento no debe ser condor enjaulado, sino águila libre, que vuele á los cuatro vientos del espíritu. Puesto que el engarce centuplica el *valor* de la joya, quiere que la idea vaya hermosamente ataviada como una emperatriz. Para él, como para Joubert, la sola sencillez no es belleza; y cree con él que, á veces, es inevitable pasar por lo sutil para elevarse y llegar á lo sublime, como hay que pasar por las nubes para subir al cielo.

El mundo interior lleno de panoramas, de paisajes y de tempestades, donde las pasiones estallan sordamente, le seduce más que el mundo físico. Aparece casi insensible á la naturaleza circunstante y cuando por incidencia ésta entra en sus líricas, es *complemento* y no *fin*. Su musa, puramente subjetiva y sugestiva, ni hace contorsiones, ni da grandes gritos, ni atruena el aire con ruido de cascabeles:

se desliza silenciosa y serena, envuelta en tules vaporosos y flotantes. El sol le quema las pupilas, y el humo de las fábricas la ahoga. Por eso vuela hacia atrás, hacia el pasado; porque el pasado es poesía, es ensueño, es recuerdo. ¿Y cómo no ha de huir de esta época nefanda, adoradora del becerro de oro, de las charreteras militares y de los fáciles éxitos del histrionismo político, si el presente es sombrío, si el interés venal ahoga la voz de las conciencias, si la justicia misma perece?

¿Qué poesía puede inspirar nuestra sociedad práctica, razonadora y materialista, que ha contemplado impasible el entronizamiento de los más cínicos egoísmos y la derrota del Ideal?

La enervante ráfaga pesimista, que sopla sobre todas las cabezas en este fin de siglo, tan lleno de problemas pavorosos, aleja á los intelectuales de su medio. Unos, van á buscar inspiraciones á paisajes exóticos, otros, á las fuentes eternamente puras de la antigüedad.

Leopoldo Díaz, encuadra en el polo *La Leyenda Blanca*; José Juan Tablada, sueña con Manón, bajo las frondas del ideal Versalles; Rubén Darío, escucha el coloquio de los centauros en tierra helénica; y Jaimes Freyre, extrae de la mitología escandinava su *Castalia Bárbara*; reconstruye el viejo panteón germano, rescita las figuras de los héroes y de los santos de la leyenda medioeval, aviva las cenizas de los muros plateados del Wallhala, y celebra el triunfo del valor, de la energía y de la fuerza, que caracterizó aquella época soñadora y heroica.

El artista en plena cantera de Carrara, talla ahora sus bustos mórbidos y blancos.

Pasa *Lok* en su barca salvaje, cantando á las olas rugientes, entre vapores de sangre; pasa el *Bárbaro* semi-desnudo, sudoroso, herido, lanzando un alarido formidable y lúgubre; pasa el *Héroe* que cae estremecido y se yergue y amenaza con su espada, mientras en sus labios espira el canto heroico y rudo.

El suelo tiembla. Cubre la noche aquella desolación de muerte. Con sus rubias cabelleras luminosas se acercan las hadas. El alba refleja sus rayos diamantinos sobre la cúspide de los altos montes. Amanece un nuevo día para la humanidad. Un Dios misterioso y extraño visita la selva. Ese Dios, que con su palabra profética ilumina las conciencias y derrumba los viejos ídolos míticos, es Cristo. Aquí, el poeta ha logrado descubrir uno de los velos que ocultan la belleza inmortal. Ved:

«Un Dios misterioso y extraño visita la selva.—Es un Dios misterioso que tiene los brazos abiertos.—Cuando la hija de Nhor espoleaba su negro caballo.—Le vió erguirse de pronto, á la sombra de un añofo fresno —Y sintió que se bataba su

sangre.—Ante el Dios silencioso que tiene sus brazos abiertos.

«De la fuente de Imer, en los bordes sagrados, más tarde.—La noche á los dioses absortos reveló el secreto.—El águila negra y los cuervos de Odín escuchaban,—Y los cisnes que esperan la hora del canto postrero;—Y á los dioses mordía el espanto.—De ese Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.

«En la selva agitada se oían extrañas salmodias;—Mecía la encina y el sauce quejumbroso viento:—El bisonte y el alce rompían las ramas espesas,—Y á través de las ramas espesas huían mugiendo.—En la lengua sagrada de Orga.—Despertaban del canto divino los divinos versos.

«Thor, el rudo terrible guerrero que blande la maza.—(En sus manos es arma la negra montaña de hierro),—Va á aplastar, en la selva, á la sombra del árbol sagrado,—A ese Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.—Y los dioses contemplan la maza rugiente.—Que gira en los aires y nubla la lumbre del cielo.

«Ya en la selva sagrada no se oyen las viejas salmodias.—Ni la voz amorosa de Freya cantando á lo lejos,—Agonizan los Dioses que pueblan la selva sagrada.—Y en la lengua de Orga se extinguen los divinos versos.

«Sólo, erguido á la sombra de un árbol.—Hay un Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.»

Con razón afirma Lugones, que es ésta una pieza de alta poesía desbordante.

Me permito agregar que, si el poema no tuviera otra, bastaría por sí sola, para salvarlo del olvido. En una forma armoniosamente bella, ha simbolizado la derrota del culto de Odín y la victoria del Cristianismo.

El espacio de que dispongo, me impide insistir sobre el mérito de otros fragmentos de *Castalia Bárbara*, en que la feliz fusión de la armonía y la melodía, dentro del verso libre, ponen de relieve la bondad de los procedimientos ensayados.

Las disonancias y polifonías, que el oído acostumbrado á la música, cree descubrir á trechos, son puramente aparentes; y cuando realmente existen, puede afirmarse que han sido colocadas de expreso, para dar una sensación rara, sugerir una imagen ó producir un acorde majestuoso.

Pais de sueño contiene las notas sentimentales, las rimas apasionadas y las galanterías del enamorado trovador. Allí están los deseos liliales, las ansias infinitas, las sonrisas del primer amor, las candidas y divinas ternuras de la juventud, cuando el desaliento y el tedio no han amargado aún con su hiel las fibras íntimas, y la fe alumbra como una antorcha colosal, las tortuosas y ásperas laderas del abismo, en cuyo fondo están los asfodelos de la Duda.

De entre el grupo de mujeres que llevan la bandera del amor imperecedero, figuras de porcelana quebradiza—esfumadas entre palideces de nácar y fantasmagorías de crepúsculo—surge la de la Adorada, soberana y gentil:

Deja que empolve tu cabeza blonda
¡Oh, mi amada, maligna y hechicera!
Serás, bajo la nivea cabellera,
Una joven duquesa de la Fronda.

Una voz dulcísima y extraña, murmuraba extrañas cosas. El ambiente se puebla de trinos. Flores exóticas, abren sobre la frente del bardo corolas maravillosas. En su alma florece la primavera como un lirio; da al aire el madrigal, rima besos, pone púrpura en las mejillas y en los labios adorados. Plasma el verso como una cera blanda.

Y viene el *Pais de sombra*. Cruzamos la zona de fuego del dolor y de los amargos desengaños. «Viento y mar, cielo y tinieblas, están para el poeta de angustias y de despedidas llenos.» El dardo punzante de la desesperanza anubla en llanto sus pupilas. La lágrima tiembla en sus párpados pero no cae; vuelve á esconderse temerosa del mundo. Atraviesa las alamedas sombrías de la vida, «soñador y nostálgico y triste hasta la muerte», sin proferir una maldición ni un sollozo.

Aquella impasibilidad arcana, tiene una grandeza trágica.

Se suceden las evocaciones. Renace el tiempo de las dichas idas, las noches otoñales, «llenas de murmullos, de perfumes y de música de alas»; llama á la alondra simbólica y á la virgen blanca. La alondra, ya no canta. Ya la mano de la amada está fría; en los rizos tiene espinas, palideces en el rostro y en los ojos hogueras de martirios. Sobre el alma del creyente han nevado todos los desencantos, y el invencible olvido desciende como una mortaja sobre su corazón.

Extraño y raro fenómeno: el soñador, el idealista, el místico, próximo á naufragar en el piélago sin confines del escepticismo absoluto, ve en la densa obscuridad, donde se cuaja la tiniebla, el parpadeo de una estrella. ¡Y se salva!

«Yo he buscado—dice el poeta á su amada—el fondo obscuro de la noche del olvido, y la noche se poblaba con los ecos de tu voz.»

Un solo rayo del amor inextinguible y eterno ha bastado para disipar el horizonte borroso devolverle la esperanza y llevar á puerto el arca santa de su fe!

Con todo, un hálito de hosco pesimismo, que no es afectado ni rebuscado, que está en su misma naturaleza sensible y vibrante, flota en torno de su cabeza y lo agobia.

Yo advierto á través de él, el hastío incurable de la vida, el dejo amargo de la lágrima, la infinita vanidad del todo.

El desacuerdo entre el poeta y el mundo, entre la realidad aplastante y el ideal

soñado, ha engendrado esta musa melancólica y aristocrática, nebulosa é intangible que vive abismada en la contemplación interior.

Antes de rematar estas líneas, indignas del asunto que desfloran, quiero reproducir el soneto en que pinta la Agonía.

Dentro del marco reducido—catorce versos—está el cuadro completo; una victoria del artista.

Nocturnas, largas horas, pobladas de visiones,
Que giran tambaleantes en torno de su lecho,
Se agolpan á sus labios febriles oraciones
Y desgarran las uñas su enflaquecido pecho.

Extrañas formas tienen las pálidas visiones
Que pasan y se inclinan sobre el revuelto lecho,
Mientras murmura el mísero confusas oraciones
Y enrojece la sangre sus uñas y su pecho.

Se acercan y sus luengas flotantes vestiduras,
Como la niebla tenues, como la sombra oscuras,
Occultan á sus ojos la moribunda luz.

Un grito ronco apagan las luengas vestiduras,
De las visiones pálidas como la sombra oscuras,
Y se desploma un Cristo clavado en una cruz!

He celebrado abiertamente el talento indiscutible del lírico y su admirable instrumento.

Séame permitido, en gracia á la verdad, señalar los defectos. El capital, entre todos, es la nebulosidad con que viste las ideas, complaciéndose en diluirlas hasta el extremo de que á veces apenas si queda el esqueleto de ellas. Hay demasiada bruma en su concepción, y exceso de vaguedad en el contorno de las cosas. No cristaliza nunca el pensamiento, ni corporiza las imágenes.

La preocupación inquietante de retocar el verso para convertirlo en arpegio, está visible. Entre el concepto gráfico y el musical, opta por el segundo.

Extrema el procedimiento D'Annunziano, sacrificando á menudo la claridad, con tal de producir con los vocablos, armoniosas combinaciones orquestales.

Peca de metafísico y abstruso. En suma, falta luz y sobra sombra. Y donde las gradaciones del color no están armonizadas, predominando unas sobre otras, podrá haber arte, habrá poesía, pero no el encanto avasallador del contraste, que realza toda buena obra, sea ésta de la pluma, del pincel ó del pentágrama.

Yo desearía, pues, que este cerebral, que es á la vez un virtuoso, fuera menos etéreo y menos esotérico; que en lugar de esbozar siempre la figura, la acabara; que el símbolo saliera, alguna vez, radiante como un dardo de luz, que no pudiendo exteriorizar el sentimiento á la manera de Wagner, entre una tempestad de acordes con escalas homéricas, tratase de ser algo más humano, reconcentrando el dolor en un verso delicado, con temblores de angustia.

Y ahora, que he manifestado con entera libertad lo que pienso del autor de *Castalia Bárbara*, haré una advertencia:

Los que buscáis la utilidad en el arte, no os acerquéis á él, pues no le com-

prenderéis. Id, los que lleváis en vuestra alma una imagen amada, los que soñáis con cosas supraterrrestres; los que sentís amarguras nostálgicas y desfallecimientos angustiosos, los que perseguís la belleza en todo: en la mujer, en la flor, en la mariposa y en el astro; en las tardes serenamente augustas, y en los helados crepúsculos de invierno, cuando el viento ahulla y la lluvia azota vuestras ventanas; los que padecéis la sed de lo desconocido: los que tenéis en las venas una gota de la divina esencia y en la memoria una romanza inmortal; los que sentís, en fin, rebeliones salvajes y aspiraciones sin término.

Y si lográis penetrar esa poesía armoniosa y complicada, refinada y sutil; desdenaréis, creedmelo, el verso banal y la prosa plchéya; sentiréis el imperio de una fuerza magnética que os sobrecoge y os arrastra; probaréis goces íntimos al ver cómo se iluminan las palabras de una extraña luz interior; escucharéis el rítmico ondear de las estrofas que vuelan en cadencias continuas y desfilan á compás como un ejército en marcha; y os venceréis, sobre todo, de que estos poetas moteados de decadentes, de incomprensibles y de locos, que sirven de blanco á las iras gratuitas de la crítica miope y á la rechilla de la estúpida ralea literaria, recogiendo en vez de aplauso el silbido y la mofa en vez del laurel, son,—en estas repúblicas de grafómanos—los únicos dignos de calzar el coturno y vestir la púrpura de los emperadores!

Buenos Aires.

LUIS BERISSO.

DE KEMPIS

DE LA PROPIA CONSIDERACION

No debemos confiar demasiado en nosotros mismos, porque muchas veces nos falta la gracia y el discernimiento.

Poca luz hay en nosotros, y presto la perdemos por nuestra negligencia.

A veces no advertimos cuán ciegos estamos en lo interior.

A menudo obramos mal, y nos excusamos peor.

A veces nos mueve la pasión, y pensamos que es celo.

Reprendemos en los demás las pequeñas faltas, y pasamos por alto las nuestras de más entidad.

Muy presto sentimos y ponderamos lo que de otro sufrimos; pero no advertimos cuánto tienen que sufrir los demás de nosotros.

El que bien y rectamente examinare sus obras, no juzgará con severidad las ajenas.

2º El hombre recogido, antepone el cuidado de sí mismo á todos los cuidados; y el que mucho se ocupa en sí, poco habla de otros.

Nunca estarás recogido y devoto, si no callares las cosas ajenas, y especialmente atenderes á tí mismo.

Si del todo te ocupares en Dios y en tí, poco te moverá lo que sintieres de fuera.

¿Dónde estás cuando no estás contigo? Y después de haber discurrido por todas las cosas, ¿qué has adelantado si de tí te olvidaste?

Si has de tener paz y unión verdadera, conviene que todo lo pospongas, y tengas á tí solo ante tus ojos.

3º Por cierto, mucho aprovecharás, si te guardas libre de todo cuidado temporal.

Mucho desaprovecharás, si alguna cosa temporal estimares.

No te parezca cosa alguna alta, ni grande, ni acepta, ni agradable, sino puramente Dios ó cosa que sea de Dios.

Ten por vana cualquier consolación que te viniere de alguna criatura.

El alma que ama á Dios, desprecia todas las cosas que no son Dios.

Sólo Dios, eterno é inmenso, que todo lo llena, es el gozo del alma y alegría verdadera del corazón.

DE LA ALEGRIA DE LA BUENA CONCIENCIA

La gloria del hombre bueno es el testimonio de la buena conciencia.

Ten buena conciencia, y siempre tendrás alegría.

La buena conciencia muchas cosas puede sufrir, y muy alegre está en las adversidades.

La mala conciencia siempre está temerosa é inquieta.

Suavemente descansarás, si tu corazón no te reprendiere.

No te alegres sino cuando hicieres algún bien.

Los malos nunca tienen alegría verdadera, ni gozan de paz interior, porque no hay paz para los impíos (Is. LVII, 21), dice el Señor.

Y si dijeren: en paz estamos, no vendrán males sobre nosotros; ¿y quién se atreverá á dañarnos? No lo creáis, porque de repente se levantará la ira de Dios, y pararán en nada sus obras y perecerán sus pensamientos.

2º Gloriarse en la tribulación no es dificultoso al que ama, porque gloriarse de esta suerte es gloriarse en la cruz del Señor.

Breve es la gloria que se da y se recibe de los hombres.

La gloria del mundo siempre va acompañada de tristeza.

La gloria de los buenos está en sus conciencias, y no en la boca de los hombres.

La alegría de los justos es de Dios, y en Dios; y su gozo viene de la verdad.

El que desea la verdadera y eterna gloria, no hace caso de la temporal.

Y el que busca la gloria temporal, ó no la desprecie de corazón, prueba que ama menos la celestial.

Gran tranquilidad de corazón tiene el que no se le da nada de las alabanzas ni de los vituperios.

3º Fácilmente estará contento y sosegado el que tiene la conciencia limpia.

No eres más santo porque te alaben; ni más vil porque te vituperen.

Lo que eres, eso eres; ni puedes decirte mayor de lo que Dios sabe que eres.

Si miras lo que eres dentro de tí, nada te importará lo que hablen de tí los hombres.

El hombre no ve más que lo exterior; pero Dios ve el fondo del corazón. (I Reg. XVI, 7).

El hombre considera las obras, y Dios pesa las intenciones.

El obrar siempre bien, y tenerse en poco, es señal de un alma humilde.

El no querer consolación de criatura alguna, señal es de gran pureza y de íntima confianza.

4º El que no busca la aprobación de los hombres, claramente muestra que se entregó del todo á Dios.

Porque como dice San Pablo: *No es aprobado quien se abona á sí mismo; sino aquel á quien Dios abona* (II Cor. X, 18).

Andar en lo interior con Dios, y no tener afición á cosa alguna exterior, estado es de varón espiritual.

NUESTROS GRABADOS

La noche

ESCULTURA DE MIGUEL ANGEL

La suntuosa iglesia de San Lorenzo, en Florencia, era propiedad de los Médicis y uno de sus más espléndidos monumentos. Las tumbas de aquella familia ilustre, panteón señorial levantado en la célebre *Sacristía nueva*, fue construido y decorado por Miguel Angel.

El titán ha dejado allí siete esculturas: entre ellas, las que exornan el sepulcro de Julián II, cuya estatua se ve sentada sobre el monumento.

Entre las figuras decorativas, competidora de los mejores y más gloriosos mármoles de la antigüedad, hállase la escultura de *La Noche*. La hija del Caos y madre del Erebo hállase reclinada á los pies del mausoleo principesco, en la reposada actitud que la dieron los poetas griegos.

Contemplándola Strozzi, el famoso político, literato y poeta florentino, escribió para su mármol esta estrofa:

*La Notte che tu vedi in sí dolci atti
Dormire, fu da un Angelo scolpita
In questo sasso; é, benché dorma, ha vita:
Destata, se nol credi, e parleratti.*

Y Miguel Angel, que era poeta, como fue escultor, pintor, arquitecto, músico, astrónomo y anatómico, contestó en nombre de su creación, en nombre de *La Noche*:

*Grato m'è il sonno e piú l'esser di sasso:
Mentre che il danno e la vergogna dura,
Non veder, non sentir m'è gran ventura:
Però non mi destar, deh! parla basso.*

Martirio de Santa Agata

El original pertenece á Florencia y lo conserva entre las grandes obras maestras de la famosa Galería Pitti, rodeado y mezclado á quinientos cuadros, todos firmados por pintores gloriosos, como Miguel Angel, Rafael, Ticiano, Ribera, Durero, Murillo, Julio Romano, Vinci, el Tintoretto, Fra Anjélico, etc., etc.

El cuadro representa el fin sangriento y doloroso de la virgen cristiana, que supo sufrir el tormento y la muerte antes que abjurar de una fe nueva, públicamente confesada y hondamente sentida.

Es una de las preseas artísticas más gloriosas de aquella célebre residencia de Cosme de Médicis y de los Grandes Duques de Toscana, maravilla monumental enlazada al palacio de la Señoría por el subterráneo que los Médicis hicieron abrir por debajo del lecho del Arno y que remata en la no menos famosa y célebre Galería degli Uffizi.

Cabezas de Medusa

Al reproducir, en repetidas ediciones de nuestra Revista, asuntos de las grandes escuelas artísticas, hemos rememorado las leyendas y la historia de estas creaciones del alma greco-oriental, mítica y eterna.

Al reproducir ahora dos copias de la cabeza de Gorgona, obra de dos artistas cuya manera representa ciclos de sentimientos y aspiracio-

nes diferentes, Vinci y Kotarbinski, es oportuno señalar cómo están interpretados los aspectos bajo los cuales fueron concebidos el mito medroso y sus funciones simbólicas.

El uno se inspira en el ideal y el sentimiento puramente helénicos, ofreciendo una Medusa cuasi bella de belleza invicta, cuasi risueña y gallarda, cantora en actitudes y líneas del alma de un pueblo de héroes, hijos de dioses dichosos.

El otro realiza una Gorgona siniestra, pavorosamente trágica, sin una línea en la cual no duerma ningún dolor, sin un rasgo en el cual no amenaze una cólera, á la manera terrible y dura de Corinto y Coronea.

Río de la Latte

No siempre, ni en todos los puntos y á todas las horas, es luz y amor la sin par Venecia. Parajes hay en que los altísimos muros mármóreos de los palacios y la estrechez de las vías de agua no permiten que el sol denuncie el secreto de la honda penumbra que incienso los zócalos, ni que la luz de la luna toque con patina sugerente y esmalte de ensueños la quieta corriente negra ó verde amarillento de riachuelos silenciosos, tan humildes como la Latte, sobre la cual la góndola se desliza cautelosa, como asustada por los raros pasos de quienes cruzan los puenteillos que constituyen las «calles de tierra», en tanto que las puntas de los remos van golpeando alternativamente las paredes de los edificios de ambas aceras.

La tumba del soldado

CUADRO DE KOTARBINSKI

No es frecuente que un mismo destino y una misma hora sangrienta arranquen de la tierra la vida de los que han fundado el derecho siniestro de la matanza colectiva, y la pobre vida de los que han nacido para sancionarla con su carne y con su sangre.

Cuando sucumben los primeros al golpe de fatalidad, cesa á veces, en una tregua solemne, el fragor de los combates; abátense las banderas que flameaban ahora no más al viento del furor; el cañón que rugía exterminio ahueca y espacia su voz como para un resposo; ríndense á los reclamos de la admiración y de la grandeza soterrada las armas que hasta hace poco ignoraban descanso y misericordia; sobre el campo purpurado ó gris de despojos yergue su cimera soberbia el túmulo glorioso; ó visten duelos las ciudades, para recibir palpitantes de lloro el cuerpo inerte de quienes no podrán ser colocados en fosa más perdurable que las que se ahondan en la historia y exorna la epopeya.

En tanto, el soldado sin nombre, sin derecho y sin historia, que se ha despeñado hacia la noche sin auroras, hacia el olvido y hacia el no ser, va á descubrir con su cuerpo, aventado por la última cólera, agresivos sitios ó profundas grietas, de las que hasta entonces no sabían ni la fiera en acecho, ni el reptil en fuga....

En cambio, Naturaleza incontrastable, Fatalidad magnífica en compensaciones ignotas, asienta su mano poderosa sobre el destino postrero y definitivo de los hombres; y los despojos de los que fueron glorificados, burlan el mísero orgullo de la turba arrodillada y asumen el triste éxodo que en su término ha de llevarlos á sitios ni siquiera tan sagrados como los que salvaron á las cenizas del soldado anónimo, á sombras ni siquiera tan eternas como las que absorbieron su postrer aliento: el pueblo del héroe ó su familia quieren que su tumba explote en una erupción de bronce y mármol, y los cenotafios insignes y los opulentos mausoleos endurecen con cicatrices egregias la epidermis del planeta;..... pero un día despiadado y justiciero, la familia del héroe se paraliza al contacto gélido de miseria, ó se extingue, y la patria, el pueblo, la turba, enderezan la rodilla,

y en su reincorporación de titán, despedazan las piedras tumulares y las proyectan contra sus propias idolatrías de ayer; en tanto que, en los sitios que no conocían ni las bestias de la tierra, en las profundas grietas de las cuales ni siquiera el viento fue amigo, en lo desconocido y en la sombra donde yace el soldado, la incomparable justicia de más allá de los pueblos y de más allá de los tiempos, ha hecho blanda, perfumada y atomizada de rocíos como diamantes la alfombra silvestre sobre la que margaritas campesinas han escrito un epitafio eterno; el aura está diciendo entre los ramajes que doselan el sepulcro una oración perdurable; y por entre dos piedras cinerarias brotan el corazón, el alma, el nombre y la vida inmortales del soldado anónimo, por siempre simbolizados en una alba esplendente anémoma de montaña, sacra á todos los contactos, como no sea el de la luz que baja de los infinitos cielos.....

Cabeza de Sátiro

Cuando la esculpió el gigantesco poblador de las academias italianas, remotas y viejas leyendas, viajeras por infinitos países, habían ya marchitado y maltratado tanto y tan tenazmente la plácida fisonomía primitiva de los sátiros, que la de esta cabeza de Miguel Angel dista siglos, naciones y consejas de las que reían al mundo y á la vida en tiempos de Fidias. Representantes de la juventud feliz, de la alegría descuidada y saludable, de la vida plétórica de vigor, consejas y cándidas preocupaciones fueron dando aspectos al prestigio y á las alegorías de los bulliciosos é incansables adoradores de las selvas y las ninfas; y Miguel Angel colérico, superviviente homérica, los halló cuasi contrahechos por sus egregias batallas y los trazó en un raptó de su cincel, como el último jalón documentario en los términos del eterno ensueño y de las perpetuas ansiedades. El primero lo creó Fidias, señalando de dónde partió la caravana ideal: Miguel Angel modeló el último, cifrandolo cuánto duró y hasta qué punto el viaje.....

Una mañana de Pascua

CUADRO DE C. SIEWERT

Es la pascua de intensa alegría de la naturaleza, bajo los cielos del Norte, próximos á los hielos escandinavos. Al otoño sombrío y murmurador han sucedido los resplandores del invierno, que pone, junto con alburas en los suelos, en las frondas y sobre los techos de las cabafias, como castidades en el alma y visiones de purezas en los ojos.

Un bello cuadro, albo y gris, en la expansión del horizonte y en las penumbras del bosque aterido por las nieves y la escarcha.

Cuadro de Téniers

El flamenco ilustre, hijo de otro pintor llamado como él David, y como él eminente, es el que el arte y la historia conocen con el famoso dictado de *Proteo de la Pintura*.

Su padre había sido discípulo de Rubens, quien todavía alcanzó á darle algunas lecciones y oportunos consejos al hijo, cuando éste asistía y trabajaba en el estudio de Brauwer, en Ambéres.

Maestro el viejo David en un género que hizo suyo, como fue el estudio de los tipos característicos y de las costumbres flamencas, el hijo sublimó ese género y fue en él superior al creador.

Cierto desenfado alegre, cubriendo la faz melancólica de la vida y del destino populares; un sano y vigoroso naturalismo, una comunión constante y leal con todos los aspectos y pudiera decirse con todos los movimientos y gestos de la Naturaleza; una amplia alegría, tomada de la vida, iluminan los tonos y los términos de las composiciones de este gran pintor de kermesses, de interiores de figón, de fisonomías y fiestas de aldeanos, fumadores y bebedores, de aspectos y escenas de ventorrillos.

Una pasmosa fecundidad, un verdadero asombro de facilidad activísima lo caracterizan: trazaba, comenzaba y concluía una obra en un mismo día; y él mismo dejó dicho que para colocar sus cuadros habría necesitado una galería de dos leguas de longitud.

Y fue tan largamente soportada una vida de privaciones, durante sus primeros años, de miseria, de impotencia implacable contra la suerte hostil, que una vez llegó á una venta de camino, llevando por caudal su caja de colores, un pedazo de tela, mucha hambre y ningún dinero; almorzó cual lo pedía su trance, y al punto de pagar, no teniendo con qué hacerlo, extendió el lienzo, abrió la caja, y en una fulguración de colores y de rapidez creadora, trazó y concluyó un cuadro que entregó al ventero en pago, con gran desaliento y cólera de éste, primero, y mucho contento, adulación y gloria, después, que rechazada rabiosamente la original moneda, miró que un inglés, testigo de la escena, compraba la tela por un puñado de oro.

Después, aquel peregrino del genio y del talento, tuvo mansiones señoriales, y villas, y quintas; pudo hacerse una de capricho y de placer cerca de Malinas, para estudiar la vida de los aldeanos y las fiestas de los labradores; y mereció que el archiduque Leopoldo Guillermo le nombrase su pintor de cámara, luego gran chambelán de la Corte, y superintendente de sus colecciones; y que don Juan de Austria fuera su discípulo.

Muerte de Nerón

CUADRO DE SSMIRNOW

Hijo de Cneo Domicio Enobarbo, hijo de Agripina, sobrino de Calígula, sobrino de Claudio, mezcla todos esos nombres, que son abominación, á nombres ilustres, que por derecho de familia le pertenecen; y se hace llamar Claudio César Druso Germánico.

Discípulo de un bailarín y un barbero; camarada, en noctámbulas comparsas, de esclavos y de libertos; flautista bufonesco, en aventura villana por los bajos barrios de la ciudad imperial; ratero y ladronzuelo de tiendas; pendenciero enredado en vergonzosas reyertas con la hampa, tenía de su madre, el instinto alevé y cruel; de su abuela, la avilantez hipócrita y miserable; de su tío Calígula, la ambición sanguinaria; de su tío Claudio, la poltronería infamante.

Por tal mezcla de sangre y de temperamento, pudo ser discípulo de Séneca y de Afranio; y, cuando desplegó sus labios para declamar la infinita comedia, pronunció palabras fementidas, y fue perjuro, prostituyendo con una ficción de gran romano esclarecido, el honor altivo de su raza, las esperanzas de su estirpe y la honra de su nación: *Esperad á que las haya merecido*, contestó al Senado, cuando le prodigaba distinciones; y: *¿Quién no hubiera aprendido á escribir!* exclamó al firmar una sentencia de muerte, traicionando simultáneamente á la abyección cortesana y á la honradez popular, y estafar á la buena fe.

Dos artistas han perpetuado esa su muerte, digna de su vida en ludibrio permanente: Sienkiewicz, en *Quod Vadis?* y Ssmirnow en el cuadro que reproducimos. Demasiado soberbio de un poder que se atribuía á su propio mérito, porque era incapaz para comprender, infinitamente más incapaz para examinar las causas, que pudieran llamarlas fisiológicas, del letargo de los pueblos y del padecimiento de los hombres; demasiado cobarde ó demasiado egoísta para pactar con la muerte cuando la victoria de ésta no dejará víctimas que constituyan séquito al eterno viaje, no supo morir cual lo reclamaba la majestad del solio que envilecía con su presencia ó la dignidad de la púrpura que prostituía portándola; y en el delirio del miedo pidió un veneno, cuando se presentaron los emisarios del Senado con el decreto de proscripción; y en la última tiniebla ofuscante de su última correría siniestra y

loca por los rincones del pavor ridículo, imploró una limosna de muerte y piedad de manos de un gladiador, cuando se le comunicó su condenación al último suplicio, gimiendo las solas palabras que dicen verdad y sinceridad, en el catálogo insolente de las jactancias de los ebrios felices: *¿No encontraré ni amigos que me defiendan, ni enemigos que me den muerte?.....*

Cuando ya las manos de los enviados del ignoto destino iban á caer sobre él, todavía hubo que sostenerlo para que tuviese el valor de suicidarse.

Con él se extinguió la familia de los Césares, y el imperio se hizo pretoriano, militar, soldadesco. Esa muerte y ese cuadro sugieren el recuerdo del gran romano de cuyo fin pudo tomar ejemplo el victimario: cuando un oficial de Nerón presentó á Tráseas el rescripto en que se le condenaba, *Vedne morir*; le dijo el fiero Senador, *la muerte de un hombre honrado ofrece á la juventud, en los tiempos que vivimos, un ejemplo útil y una lección saludable.*

Recuerdos de una cacería

La serie de vistas que publicamos en esta edición, es recuerdo de una notable partida de caza que se efectuó recientemente en los valles de Aragua, promovida por los señores Gustavo Vollmer y Gustavo Sanavria.

Veinte y dos personas, cuyos nombres damos á continuación, tomaron parte en esta batida, en la cual abatieron veinte y tres venados, llevando cincuenta perros de cacería.

Las personas aludidas fueron los señores: Gustavo Sanavria, Gustavo, Henrique, Alfredo, Federico, Alberto y Leopoldo Vollmer, Eduardo Montauban, José González Chacón, Jean Marie Sotton, Francisco Jordán, Ramón E. Azern, Francisco Michelena, Juan Anderson, Roberto Todd, Luis F. Guevara, Alberto Santana, Pedro Machado Z., Francisco Sapene, Carlos Larrain, José Aranguren y Raimundo Hernández.

San Sebastián [Venezuela]

Desde deliciosos puntos de vista, que con un tacto característico sabe elegir nuestro apreciado colaborador artístico el señor Avril, nos presenta éste algunos aspectos risueños y felices de una de nuestras poblaciones del Interior más interesantes por su situación, las condiciones de su suelo y clima y las virtudes patrióticas de sus pobladores.

Las vistas remitidas por nuestro mencionado colaborador traen por referencia los siguientes títulos: *Las Piedras*, punto del río Caramacate; el *Chupón*, paso del mismo río; la *Boca de la Cuera*; un grupo tomado á la entrada de ésta, y la vista de una procesión pública en la ciudad que los primeros colonizadores fundaron bajo los auspicios de los reyes castellanos.



ASUNTOS INTERNACIONALES

En momentos de entrar en prensa esta edición de nuestra Revista, nos llega una importantísima publicación del Gobierno de Venezuela: la que contiene la correspondencia de nuestra Cancillería con algunas de las Legaciones acreditadas en la República y de la cual nos ocuparemos en nuestro próximo número, por ser altamente interesante á todos los venezolanos el asunto y porque no disponemos hoy del espacio que requiere.

PÉSAME

Ha dejado de existir en esta capital la señorita DOLORES URBANO, hermana de nuestro apreciable amigo el señor doctor Federico Urbano y deudo de la familia Villegas Ruiz, á todos los cuales presentamos la expresión de nuestra condolencia.

CONCEPCION RAMELLA DE HERRERA VEGAS

Ha fallecido esta señora que en nuestra sociedad gozaba de muy merecidos homenajes de consideración, de aprecio y de simpatías, por la excelencia de sus condiciones como madre, como esposa y como hija.

A su esposo, deudos y en especial á sus hermanos, nuestros apreciados amigos Antonio y Lucas Ramella, presentamos el voto muy sentido de nuestro pesar.

"CAMPANULAS"

Bajo este título han hecho editar los jóvenes Oscar García Uslar y L. Castillo-Amengual, y nos han obsequiado un ejemplar, un libro que contiene algunas de las poesías del recientemente muerto y justamente lamentado escritor y poeta F. Montesinos Agüero, de cuyo fin prematuro dimos la triste nueva en estas columnas.

Sumamente joven el extinto bardo; sumamente crudos sus afanes del aula y de la vida, llevaba en el fondo de ésta la salsedumbre de sus penas vencidas por el deber de la lucha y por la honra de la victoria; y su musa tuvo tempranas congojas y fue enamorada de todas las protestas de los tristes y de los combatidos, bien que no abatidos. De aquí que en la suavidad de sus cantos tiernos haya reminiscencias como ofrendatorias á los bardos ilustres que en América han cantado la melancolía de las cosas dilectas por frágiles y dulcemente infelices, portadoras en su destino de todos los símbolos del ansia de vivir noblemente y hermosamente: de ahí que leyendo la «Canción de las ranas» repitan los labios el murmurio con que Gutiérrez-Nájera invoca á las mariposas simbólicas que fueron su amor y su dolor; que en el «Canto de la orgía» hable y grite la musa una vez byroniana de Reina, y en el mismo canto y en «Las Rameras» ondule el rumor soberbio, como de mármoles vibrantes, del poeta egregio de *Pentélicas*; que en «Nupcias salvajes», bajo dosel de palmeras, duerma en tregua nocturna el amor de los grandes felinos, como echaba su nostalgia de selva entre los barrotes de la jaula, la pantera de García Mérou; y que en «Reyerta» hablen los caldos de real prosapia y los vinos ciudadanos, por la causa y por el mismo honor que lo hicieron las *Voces de orquesta* de Marcano Rodríguez....

Agradecemos el envío y su galante dedicadora á los señores García Uslar y Castillo-Amengual.

DUELO

Ha fallecido el señor doctor MANUEL PLANCHART ROJAS, miembro muy distinguido y apreciado de nuestra sociedad. Presentamos á su respetable familia nuestro más sentido pésame.

SECCION RECREATIVA

La fuerza de la imaginación

Al enfermo que va á Carlsbad le mandan que beba el primer vaso de agua sentado, el segundo de pie y el tercero dando lentamente un paseo de un kilómetro. No es que los médicos crean que la postura de la persona influya nada en la virtud del agua que bebe, sino que saben por experiencia que estas instrucciones tan minuciosas sirven para concentrar la imaginación del enfermo en el agua y aumentar las propiedades curativas de ésta.

Otra prueba más de la parte que juega la imaginación en la cura de enfermedades la suministra la práctica de la medicina de

J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma á S. Pablo N. 22-Teléfono N. 2159

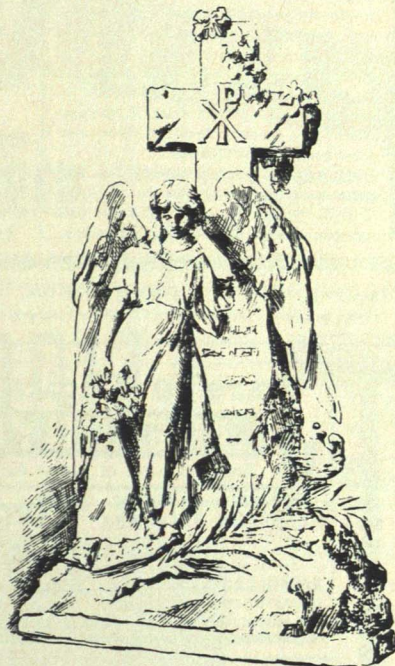
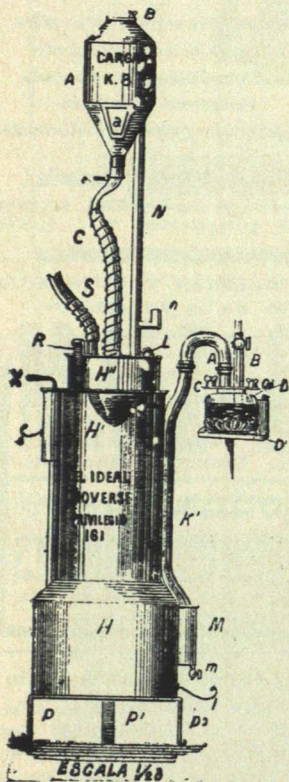
TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

Departamento Acetileno

Aparatos sistema RoverSI—Carburo de calcio de 7 á 12 el quintal de 100 lbs. según condiciones—Quemadores Bunsen, Horallias, Lámparas, tuberías y accesorios de todas clases, instalaciones completas.—El IDEAL á cañal de carburo en el agua—Privilegio N. 161.

Departamento Mármoles

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos—Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela—Ministro de España—General Bello—Faro de Puerto Cabello—Dr. Conde Flores—Dr. Lacavalerie—Ing. M. Pérez—Hotel León de Oro—Familia Rodríguez—Tipografía Vidal—Marmolería RoverSI—Panadería Solís—General Quintero—Dr. Rivero Saldivia—Montemayor, etc.

Más de 30 son los aparatos colorados
Carga de k 1 á k 50 — Valor: de \$ 10 á \$ 250

colores que desde hace siglos existe en la India. Consiste sencillamente en administrar agua pura en vasos de distintos colores, de cuyos colores el agua deriva virtudes mágicas, siempre que el enfermo tenga suficiente fe. El agua de los vasos rojos sirve para curar la epilepsia y todas las enfermedades nerviosas; la de los vasos azules constituye un específico contra la parálisis, mientras que la de los verdes se usa para remediar las fiebres.

No hace mucho refirió la prensa médica de Inglaterra el caso cómico de un individuo á quien durante la noche le dió repentino y violento dolor de oídos. Pidió á su mujer que le diera el frasco de cloroformo, que tenía en la mesilla de noche, para darse una fricción; la mujer, adormitada, cogió, en vez del cloroformo, un frasco de tinta, y el marido, á oscuras, se echó parte del contenido en la mano y se dió una buena fricción en la cara, desde la boca hasta el oído enfermo. A los pocos minutos dijo que el dolor se le había quitado casi, y se echó á dormir tranquilamente. Al despertarse á la mañana siguiente, la mujer dió un grito de espanto al ver á su marido con media cara negra. La fuerza de la imaginación había bastado en aquel caso para curar el dolor de oídos, porque no es de suponer que la tinta tenga esta virtud.

El doctor Brillón, el conocido hipnotista, refiere que hace poco se le presentó un hombre con ambas manos cubiertas de verrugas. El doctor lo hipnotizó y le dijo que antes de quince días habrían desaparecido las verrugas de la mano derecha, pero no las de la izquierda, que necesitaban un tratamiento especial. En el plazo fijado por Brillón el enfermo se presentó con la mano derecha completamente limpia de verrugas y con la

que eléctrica. El loco se levantó llorando de alegría y declarando que al fin se le había vuelto á poner la cabeza en su sitio normal. Se había vuelto cuerdo instantáneamente.

A otro demente que padecía la manía de que la cabeza le pesaba tanto que no podía tenerse de pie, lo curaron haciéndole llevar durante unos cuantos días unas botas de buzo que pesaban cada una veinte kilogramos.

Lo mismo acostumbran á hacer muchos médicos en infinidad de dolencias que comprenden que son más bien hijas de la imaginación, que reales.

Hasta los muertos resucitan á veces por virtud de la imaginación ó de la fuerza de voluntad.

En los periódicos ingleses, se ha leído el caso de la viuda de un labrador rico, la cual durante algunos años administró la hacienda que le había dejado en usufructo su marido y la mejoró mucho. Cayó tan gravemente enferma que la aconsejaron que, sin pérdida de tiempo, hiciera testamento. Apenas pudo hablar cuando llegó el notario, y después de dictar penosamente la lista de objetos que dejaba á diversos parientes, dijo: «A mi sobrino Fulano le dejo la hacienda en que vivo». El notario le hizo observar que aquella hacienda no la pertenecía, pues sólo la había heredado en usufructo. Tanta sorpresa y tanta indignación causó á la labradora la noticia de que no podía disponer libremente de una finca en la que había puesto todo su trabajo y todo su dinero, que alzándose en la cama en un arranque extraordinario de energía, exclamó:

—Pues si no puedo disponer de esa hacienda, no me muero.

Y, en efecto, no se murió, sino que vivió el tiempo necesario para comprar otra finca y mejorarla.

izquierda en el mismo estado en que se encontraba cuando la primera visita.

Los convalescientes de viruelas suelen padecer muchos insomnios, y como á veces se quedan tan débiles, que es peligroso administrarles cierto género de drogas, no pocos médicos apelan al recurso de darles sólo azúcar con alguna materia colorante, haciéndoles creer que es una medicina maravillosa para producir el sueño. En la mayoría de los casos, el insomnio desaparece en el acto si el médico tiene la habilidad de hacer creer firmemente que aquella medicina produce el sueño en pocos minutos.

Los directores de manicomios idean con frecuencia en gaños que dan, á lo mejor, resultados excelentes para curar las manías de sus enfermos. A un loco que llevaba muchos años en un manicomio de Glasgow, persuadido de que tenía la cabeza al revés, lo curaron haciéndole sentar en un sillón, al cual le ataron fuertemente, y después de vendarle los ojos, le administraron un fuerte cho-

Propiedades Especiales.

La Emulsión de Scott, como ingeniosa combinación de aceite purísimo de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, levanta la resistencia orgánica, contribuye al aumento de las fuerzas físicas, vigorizando nervios y músculos, regulariza la digestión y estimula el apetito. Además combate los venenos que vician la sangre ó promueve su pronta eliminación, y goza de propiedades especiales y seguras contra las múltiples afecciones del aparato respiratorio.

Un sabor agradable y un aprovechamiento fácil y completo realzan sus méritos terapéuticos. Su

absoluta eficacia

contra la anemia, tisis, raquitis, enfermedades nerviosas, del pecho y pulmones, alteraciones de la sangre, denticiones difíciles y crecimiento rápido, le han conquistado fama universal.

La humanidad no ha podido menos de encontrar en tan benéficos atributos el secreto de la vida.

Todas las zonas y latitudes cuentan ahora por millares las existencias que *merced á ella* han sido heroicamente arrebatadas de los brazos de la muerte.

Rehúsenle las llamadas "tan buenas" ó "más baratas" que la de Scott.

De venta en todas partes.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.

8 A

La memoria de los monos

Una señora de la alta sociedad francesa, muy conocida por su afición á los bichos, vió hace algún tiempo en una calle un músico ambulante que, dejando en el suelo su organillo, golpeaba bárbaramente á un mono que con sus gestos y sus saltos le ayudaba á ganarse la vida. Movida á compasión, la señora quiso librar al animalito de tan cruel



Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullie & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Cumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. **Su valor 4 reales.**

LA

Phosphadine Fullie

es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas.

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales.

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre El Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro Iodato 40, Rue Bonaparte, P. RIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el **Jarabe de Blancard.**

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesías, Toses nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito.

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO
SOLUCION TITULADA
Las **Grageas** hacen mas facil el labor del parto y **evitan las pérdidas.**

ERGOTINA y Grageas de ERGOTINA BONJEAN

Medalla de ORO de la Sad de F^{ia} de Paris.

LABELONYE y C^o. 99, Rue d'Aboukir, PARIS Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

EXAMINSE LAS VERDADERAS PILDORAS PURGANTES DEL DR. GUILLIE.

Estas píldoras con base de Extracto de Elixir del **D^r GUILLIE**, se emplea con éxito en las enfermedades del **Higado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebras Palúdicas, y Perniciosas, la Gripe, o Influenza** y todas las enfermedades ocasionadas por la **Dísis y las Flemas.**

Deposito General, **D^r Paul GAGE** Lijó, Fco de 1^a cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias

EXIJAN Vds.

que cada **PILDORA BLANCA** las palabras: **DEHAUT A PARIS** impresas en negro.

Las **PILDORAS purgativas y D^r purativas** del Doctor **DEHAUT** se toman **al comer.**

Muy buen Regimen. **No más Dieta.**

Las menos **COSTOSAS** puesto que son **las mas activas.**

El marido de la mala suerte

Fritz Kottman es el nombre de un habitante de Crellingen, en el reino de Wurtemberg, que indudablemente merece el título de campeón de los casados.

Está casado en undécimas nupcias, y como aún no pasa de los cincuenta y su mujer actual no goza de mucha salud, es de creer que llegará á la docena, sin que esto sea querer mal á la pobre señora.

Todas las mujeres con quienes Kottman ha estado anteriormente casado han muerto en circunstancias muy dramáticas.

Las tres primeras murieron á los pocos meses de casarse, casi en plena luna de miel; la cuarta y la quinta perecieron ahogadas; otras dos quedaron muertas por otras tantas avalanchas; la siguiente murió repentinamente al salir de un baile; la novena se suicidó, y á la décima la mató el año pasado un toro, á la vista de su marido.

La esposa número once, gravemente herida en una catástrofe ferroviaria, ha perdido una pierna y un brazo.

Probablemente no se encontrará quien pueda hacer la competencia al susodicho habitante de Crellingen.

Pero quizá se encuentre todavía mujer que quiera casarse con él.

Los ojos y la edad

El museo de Stockolmo posee una interesante colección de ojos que han pertenecido á personas de diversas edades, en cada uno de los cuales se ha dado un corte que permite examinar su estructura interna.

En los ojos de los niños se observa una transparencia casi igual á la del agua; los de un joven son menos transparentes; en el hombre de treinta años comienzan á ser ligeramente opacos; en el de cincuenta ó

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON

Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre
Rechuse los productos similares

J. SIMON
13, r. Grange batelière, Paris



trato, y no encontró mejor manera de hacerlo que comprarlo y llevárselo á su hotel.

En poco tiempo, el mono, indudablemente agradecido, hizo tal derroche de gracias y piruetas, que llegó á ser el favorito de su ama y de cuantas personas frecuentaban la casa.

No hace muchos días, la señora obsequió á varios amigos de ambos sexos con un concierto casero. Una hermosa señorita se sentó al piano y, en medio del religioso silencio de los invitados, tocó con verdadera maestría una pieza de difícil ejecución; apenas hubo terminado, el mono, que se encontraba en la sala, saltó de su percha, y cogiendo un sombrero que uno de los caballeros ha-

bía dejado sobre una silla, fué pasándolo por todos los presentes, depositándolo por fin sobre la falda de la pianista. El inteligente cuadrumano se acordaba de la época en que recogía limosnas para el organillero.

La **monada** cayó en gracia; en el sombrero había monedas de oro y plata, y hasta billetes de Banco.

Ya tan popular.—Siento singular satisfacción—escribe el doctor A. Ayala, de Caracas—en declarar que la Emulsión de Scott, ya tan popular, une á lo excelente de la preparación sus inagotables cualidades en el raquitismo, la anemia, la escrófula, los catarras crónicos, la tuberculosis, y en todas aquellas circunstancias en que sea necesario administrar un reconstituyente que tenga por base el aceite de hígado de bacalao y los hipofosfitos de cal y de sosa.



RECOMPENSA NACIONAL

de 16,600 fr.

Siete Medallas de ORO, etc.



*Males de Estómago, Falta de Fuerzas,
Anemia, Calenturas, etc.*

QUINA-LAROCHE

EL MISMO
FERRUGINOSO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.
Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc
Paris, 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.

EL MISMO
FOSFATADO

MAIZ-ORIZA



CONDE H^{NOS.}



Es la mejor harina de maíz y arroz. Su feliz combinación la hace superior á las Maizenas conocidas.

Para postres, cremas y atoles, no admite competencia, y para el aplanchado de la ropa no tiene rival.

DE VENTA: Al detal en todas partes y al mayor en los principales almacenes y boticas de la capital.

Conde Hermanos.

Marrón al Dr. Paúl, N° 6,
Caracas.—Teléfonos Ns. 1.022 y 1.023.

Agente General,

Carlos Orta Ibarra.



sesenta son ya opacos por completo, y, por fin, el anciano de setenta años ó más los tiene, no solamente más opacos todavía, sino desprovistos de brillo.

Este desarrollo gradual de la opacidad se debe al crecimiento del tejido fibroso y á la acumulación de materia gastada en el ojo.

Lo que no debe hacerse con los oídos

No debe aplicarse ningún parche ni cataplasma en el conducto auditivo.

Nunca debe ponerse en el oído ningún remedio para curar el dolor de muelas.

Para limpiar el interior de la oreja no debe hacerse uso más que de una jeringuilla y agua caliente.

No se debe tirar nunca á los niños de las orejas; esto podría ocasionar la ruptura del tímpano, y entonces el niño quedaría sordo para toda la vida.

Cuando pican los oídos no deben nunca rascarse más que con el dedo. Jamás debe

hacerse uso de alfileres, horquillas, puntas de lápiz, palillos y otras cosas semejantes.

No se debe usar nunca leche, sebo ni ninguna otra sustancia aceitosa para curar el dolor de oídos, porque se enrancian muy pronto y producen inflamación. En el interior del oído nunca debe echarse más que agua caliente, que no ofrece peligro y es un calmante mucho mejor.

Como se casan los chinos

En la China, ó dicho en términos más elegantes, en el Celeste Imperio, el hombre que desea contraer matrimonio no puede ver á la novia hasta el día mismo de la boda.

Llegado este día, el novio va á la casa de su futura acompañada por una procesión de amigos y músicos, y allí es recibido en la habitación principal por el que va á ser su suegro. Después que ha hecho una libación, entra la novia en escena, cubierta de pies á cabeza con un manto de paño

carmesí muy espeso, y hace una reverencia hacia donde sabe que está el novio, á quien el manto le impide ver. En seguida sube á su litera y es conducida, en medio de la escolta de amigos, á su futura casa. Al llegar á la puerta el novio da un golpe con su abanico en la portezuela de la litera, y la novia, todavía bien tapada, es subida á la casa sobre una caldera con carbones encendidos puesta en el umbral. Al llegar á la sala, donde la espera su novio, se postra en tierra ante él: la esclava ante su señor. El hombre levanta entonces el velo, y por primera vez el novio y la novia se contemplan uno á otro. Es de suponer que en este crítico momento se darán muchos desengaños; pero la etiqueta prohíbe decir ni una sola palabra.

Después del matrimonio es consagrado ante el altar de los antepasados, donde el novio invoca los manes de sus mayores, les anuncia su boda y les pide la bendición.

CREME DE LA MECQUE DUSSEY

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
Da al cutis la blancura nacarada del marfil.
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Perfumerías, Barberías y Bazares.

INFLUENZA **RACHITIS**
ANEMIA **CLOROSIS**

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

El más poderoso Regenerador.

Contra las

ENFERMEDADES NERVIOSAS

VÉRTIGOS
PALPITACIONES
EPILEPSIA, etc.

no hay mejor Remedio que las

CÁPSULAS DEL DR CLIN
al Bromuro de Alcanfor

CLIN & COMAR - PARIS
y en las Farmacias. 636

GOTA

LICOR
DEL DR.

LAVILLE

CLIN Y COMAR - PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS 613

REUMATISMOS

Frasco 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS

LAIT ANTÉPHELIQUE

LA LECHE ANTEFELICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TIZASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS ROJECES.

Prepara y conserva el cutis limpio y terso

St-Denis

de los **EL APIOL** Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE
al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO** las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS** las **BRONQUITIS CRÓNICAS**

L. PAUTAUBERGE, 9 bis, Rue Lacuée, PARIS Y LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

ACRIDUD DE LA SANGRE

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

CELEBRE DEPURATIVO VEGETAL prescrito por los Médicos en los casos de **ENFERMEDADES DE LA PIEL** Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

EL MISMO AL YODURO DE POTASIO **TRATAMIENTO Complementario del ASMA.** Soberano en Gota, Reumatismos, Arterioesclerosis, Taberculosis.

102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.

Uno de los nidos más costosos

En una fábrica de anteojos de Bombay, dirigida por los Sres. Lawrence y Mayo, venía notándose hace algún tiempo la desaparición de algunas monturas de lentes y anteojos, sin que de ello se pudiera culpar á ninguno de los dependientes de la casa. Tan pronto como se fabricaban las monturas, eran colocadas ordenadamente sobre una mesa en una habitación donde solamente entraban los directores de la fábrica y un ayudante de toda confianza; de modo, que el hecho iba tomando el aspecto de cosa de magia. En cuatro días desaparecieron hasta 84 monturas de oro, plata y acero.

Por fin, al entrar una mañana en la habitación, el ayudante vió, con el natural asombro, que un cuervo se metía por una ventana, cogía con el pico una montura de oro y se iba por donde había venido. El ayudante se ocultó y el ave no tardó en volver para llevarse otra montura. Esta vez nuestro hombre la siguió con la vista y observó que se detenía en el tejado de una casa vecina.

Obtenido un permiso para subir allí, se encontró el nido del cuervo, pero no un nido como otro cualquiera, sino hecho con cerca de cien monturas de anteojos, todas ellas perfectamente conservadas, sin torcer ni romper.

Se calcula que el valor de este nido sin igual asciende á unos 1.300 bolívares.

Manteles con autógrafos

También en asuntos de comedor hay modas; la última, el *non plus* de la elegancia, es la siguiente:

Se invita un día á comer á una serie de hombres célebres, literatos, políticos, pinto-

res, músicos; se les da una comida digna de Lúculo, sobre una mesa cubierta de blanquísimo mantel. Después de los postres, se quita la vajilla, los cubiertos, las servilletas, y se pasa un lápiz á cada convidado.

La señora de la casa, con una amable sonrisa, ruega á cada uno de los presentes que escriba y firme algún pensamiento en el mantel. Este se recoge en seguida con cuidado, y ya no hay más que bordar en rojo, en azul ó en verde los autógrafos de los invitados.

Después, el mantel sirve para que la señora asombre á sus amigos y dé envidia á sus amigos.

Mariposas

Se han encontrado mariposas en el Himalaya y en los Andes hasta una altura de cerca de 5.000 metros sobre el nivel del mar, y en las altas montañas de Europa, incluso Sierra Nevada, las hay con mucha frecuencia á unos 3.000 metros de elevación.

La mayor altura alcanzada por estos insectos es de 5.071 metros, según se desprende de las observaciones de M. Bonpland en el Chimborazo.

Sir J. D. Hooper ha encontrado mariposas en las vertientes del Himalaya casi á la misma altura, y dice que son muy abun-

dantes y hermosas, de gran tamaño, con cola de golondrina, como las especies de los climas cálidos, y con las alas negras adornadas de una mancha encarnada en forma de ojo.

Las mariposas que vuelan á tanta altura en América son de la especie *Colia dimera*, mientras en el Himalaya pertenecen á la *Pieris callidice*.



AGUA DE FLORIDA CARTA BLANCA

CONTRAMARCA SIGLO XX

Hemos usado este magnífico perfume, cuyas cualidades higiénicas para el tocador y para el baño nos complacemos en recomendar.

Se encontrará en nuestra casa, á dos reales y medio el frasco, de 125 gramos.

EMPRESA EL COJO

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **FLIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

